

JOAQUÍN EDWARDS BELLO Y LOS JUDÍOS

Salvador Benadava C.

I. INTRODUCCIÓN

Las reflexiones que siguen tienden, esencialmente, a la dilucidación de dos puntos: 1. La imagen de los judíos en la obra de Joaquín Edwards Bello; 2. La imagen intelectual del autor de *El roto* a partir de su discurso sobre los judíos.

¿Quién fue Joaquín Edwards? La pregunta podría utilizarse como instrumento para discriminar entre los lectores chilenos anteriores y posteriores al año 1970. La hemos formulado recientemente a numerosos estudiantes (secundarios y universitarios), a jóvenes profesores (incluso de español), a otros profesionales y, en la mayoría de los casos, hemos obtenido confesiones de ignorancia, respuestas dubitativas o fragmentarias. Varios recorridos por las principales librerías de Santiago han terminado por convencernos que nuestro segundo Premio Nacional de Literatura es, en el mejor de los casos, poco leído y, en el peor, un recuerdo difuso. Un ejemplo más del “pago de Chile” del que tanto habló el bisnieto de don Andrés.

El comportamiento que han tenido los especialistas (críticos, autores de tesis, estudiosos de la literatura chilena) resulta igualmente sugestivo. Las mejores bibliografías en torno al autor de referencia demuestran nítidamente que: a) la mayor parte de los trabajos respecto a su obra son anteriores a los años 80; b) muchos de ellos se centran en la personalidad del autor, en hechos circunstanciales, en obras aisladas, en temas específicamente literarios (ej: la vieja y estéril querrela encaminada a zanjar entre el cronista y el novelista); c) existen muy pocos estudios de tipo monográfico tendientes a profundizar en la ideología del autor, sus fantasmas o sus tópicos. Así, pues, a menos de treinta años de la desaparición de su creador, la obra de Joaquín Edwards nos aparece como esas tumbas egipcias sepultadas bajo la tierra, intactas en sus riquezas, en espera paciente del arqueólogo que vendrá a desenterrarlas.

Es cierto que la tarea no es fácil y que, no obstante las declaraciones de buenas intenciones formuladas al día siguiente de su muerte, ni siquiera han comenzado los “trabajos preliminares”. Nadie conoce el número de crónicas que escribió Edwards Bello. Algunos hablan prudentemente de más de cinco mil; Jorge Teillier afirma que son diez mil; Francisco Coloane recuerda que la viuda del escritor le mencionó doce mil; otros, más osados, hablan de quince mil. Tampoco se ha determinado con exactitud la lista de los diferentes órganos de prensa (nacionales y extranjeros) en que quedó estampada su firma. Sabemos que colaboró en *La Nación* durante 50 años y más allá de su muerte, pero sabemos también que ni la sede del diario ni las mejores bibliotecas del país disponen de colecciones completas o utilizables de ese período. Juan de Luigi tuvo razón cuando expresó: “no creemos que nadie pueda decir que conoce en extenso

toda la obra de Edwards Bello (...). Sin embargo, será difícil hablar con propiedad de él sin conocerlo en su totalidad (...) De esa extraordinaria producción suya conocemos gran parte, no toda. De ahí que el juicio sobre ella deba ser sólo general, y por lo tanto, también superficial. Es posible, sin embargo, ver algunas de sus líneas directrices"¹.

Si es evidente que, para disertar seriamente sobre un autor, es necesario conocerlo en profundidad, lo es mucho más en el caso de Edwards Bello cuyas contradicciones llegaron a ser proverbiales. ¿Cómo afirmar, a partir de un corpus limitado, que el ilustre cronista piensa tal o cual cosa sobre tal o cual asunto cuando se corre el riesgo de verse desmentido por él mismo en artículos que no fueron consultados? Sin contar que estas consultas no resultan siempre fáciles, pues los títulos de los artículos no constituyen indicadores fiables. Cualquier lector de Joaquín Edwards sabe perfectamente que el contenido de sus crónicas no guarda a menudo sino una relación tangencial con aquéllas; que los cambios frecuentes de tema no le incomodan para nada; que sólo la lectura del artículo permite hacerse una idea válida del tema o los temas tratados.

Conscientes de estas dificultades, hemos hecho lo posible para limitar a un mínimo los márgenes de error, tratando de establecer un corpus si no exhaustivo, por lo menos confiable. Para ello recurrimos a los siguientes centros informativos: Sección Periódicos de la Biblioteca del Congreso, lo que nos permitió establecer un repertorio de (casi) todos los artículos de J. Edwards entre los años 20 y 70; Archivos Edwards Bello, Referencias Críticas, Alfonso Calderón y Silva Castro (Biblioteca Nacional – Referencias Críticas); Archivo del Escritor (Biblioteca Nacional); Centro de Documentación de la B'Nai B'rith de Santiago.

Joaquín Edwards Bello nació en 1887 y murió en febrero de 1968. Descendía directamente de Jorge Edwards Brown, fundador de la familia Edwards en Chile y de don Andrés Bello de quien era bisnieto. Tanto desde el punto de vista social como desde el punto de vista económico fue un privilegiado.

De sus estudios en el Liceo de Valparaíso conservó un mal recuerdo. "El Liceo se define en la aglomeración de fealdades propias para asustar a los niños. Es el ogro de nuestra infancia. El edificio, los profesores, los programas son para erizar los cabellos. El niño sensible se encoge como un caracol"². Como muchos otros escritores chilenos de la época, no cursó estudios universitarios.

Durante los 81 años en que Edwards Bello permaneció en esta tierra, ocurrieron en el mundo acontecimientos que tuvieron una gran influencia en la historia del pueblo judío. Recordemos, entre los más relevantes, el famoso "caso Dreyfus" (1894-1906), la emergencia de las dictaduras europeas (Hitler, Mussolini, Franco, Salazar...), el Holocausto, la creación del Estado de Israel.

¹ De Luigi, Juan: "Incorporación de Joaquín Edwards Bello a la Academia", *El Siglo*, 23 de mayo de 1954.

² J.E.B.: *Valparaíso*, Santiago, Editorial Nascimento, 1955, pág.32.

En 1921 el autor de *La Chica de Crillón* formalizó sus relaciones con *La Nación* y comenzó a colaborar en ella de manera regular y frecuente. Se suelen recordar los Lunes y los Jueves de J.E.B., pero es sabido que sus crónicas sobrepasaron de lejos estos dos días rituales. La audiencia, el éxito y el prestigio que conquistó con sus artículos son apenas imaginables en el contexto actual. Fueron ellos, tanto o más que sus novelas, los que le valieron el Premio Nacional de Literatura (1943), el Premio Camilo Henríquez concedido por la Sociedad de Escritores (1950), la incorporación a la Academia Chilena de la Lengua (54), la designación como ciudadano ilustre de Valparaíso (58), el Premio Nacional de Periodismo en la especialidad de redacción (59).

¿Tenía la clase a la que perteneció Edwards una posición definida respecto a los judíos? Y, en caso de respuesta afirmativa, ¿en qué medida influyó en el ideario del escritor? Se ha escrito mucho sobre las diatribas de Edwards Bello contra la aristocracia chilena, sobre su anticlericalismo de juventud, sobre su casamiento con una dama de extracción modesta, sobre su precaria situación económica en los últimos años de su vida. Todo ello es efectivo, pero no necesariamente índice de “desclasamiento”, como algunos lo han pretendido. La casa de Santo Domingo no debe hacernos olvidar las mansiones de Condell, Montolín o de la avenida Kléber; el matrimonio con doña Marta Albornoz no debe disimularnos los vínculos sentimentales con doña María Letelier del Campo; sus ataques a cierto clero obtuso no son contradictorios con su adhesión al cristianismo y su devoción a la Virgen María; su relativa pobreza fue, en gran parte, el resultado de la imprevisión y del juego. Visualizar a Joaquín Edwards como un pobre, un izquierdista o un desclasado constituye, a nuestro juicio, un error. Su ternura ante el Roto fue concomitante con el orgullo—constantemente manifiesto— de su pertenencia a las grandes familias patrias.

Parece igualmente interesante interrogarse sobre la forma en que pesó su formación intelectual y su auto-didactismo en su aprehensión del hecho judío. Joaquín Edwards leyó muchísimo, retuvo enormemente, constituyó un archivo proverbial. Pero más que los aspectos cuantitativos, importa conocer sus fuentes de trabajo, sus referencias, el tipo y organización de sus conocimientos; cuáles fueron sus lecturas, qué había en sus archivos, de dónde extrajo la documentación, qué fenómenos retuvieron particularmente su atención, etcétera.

Cuando, a los 17 años, llegó Edwards Bello a París, la ola de antisemitismo suscitada por el asunto Dreyfus distaba de haberse extinguido y los anatemas de Drumont, Barrès, Déroulède, etcétera contra “el pueblo elegido” se mantenían vigentes. ¿En qué medida la prensa y la ideología de la época gravitaron sobre el futuro gran cronista? Sabemos muy bien que el *affaire* no constituyó su primera preocupación y que, desde su llegada, se lanzó al descubrimiento de la Ciudad Luz con una fruición comparable a la de su Tonio Salcedo (*Criollos en París*); es altamente presumible que el grave estado de salud de su padre haya acaparado gran parte de la atención y de las conversaciones familiares. No obstante, “el caso” había cobrado tales proporciones al interior del Hexágono, que resulta

difícil imaginar que, de una u otra manera, no haya rebotado en el núcleo Edwards Bello. En varias ocasiones Joaquín menciona a Maurice Barrès y nunca ocultó su admiración por ese gran periodista que fue León Daudet. ¿Cuándo se introdujeron en su universo intelectual? ¿Tuvieron alguna influencia en su formación ideológica? Aunque de difícil respuesta, las preguntas merecen ser planteadas.

Como ha sido expresado, durante varios decenios Joaquín Edwards ejerció en *La Nación* un magisterio indiscutible. Cada una de sus crónicas era leída, citada, comentada por chilenos de diferente posición (presidentes, ministros, parlamentarios, pero también estudiantes, modestos funcionarios, obreros) que apreciaban su lenguaje claro y directo, la gama de sus intereses, su tendencia demistificadora, su pasión por Chile. De ahí la importancia de sus proposiciones frente a los grandes problemas que agitaron la primera mitad de nuestro siglo; de ahí nuestro interés por conocer su visión del fenómeno judío y sus reacciones frente a personajes y acontecimientos que incidieron en el destino del pueblo del Israel.

II. ¿ANCESTROS JUDÍOS?

No es de excluir que el interés de Edwards Bello por el pueblo hebreo tenga su origen en una interrogación sobre sus propios orígenes familiares. Esta curiosidad por el pasado, las genealogías, las raíces, es típico de las aristocracias y una de las formas de legitimar o de “naturalizar” su posición social. La ascendencia judía no es, en sí, ni ennoblecedora ni envilecedora; el que pueda ser lo uno o lo otro depende de la mirada que se proyecte sobre ella o, si se trata de comunicación, de la forma en que ella se escenifique verbalmente frente a un lector o interlocutor.

En 1928, J. Edwards escribió un artículo que consigna en una de sus partes: “Una vez fuí en París a un teatro donde ponían una pieza judía, de lo más judío, y me sentí en mi casa, entre gente de grandes cejas, narices regulares, pelo espeso y labios abultados”³. Aunque, manifiestamente, esa “gente” no responde a su categoría física, el “me sentí en mi casa” es casi una confesión de pertenencia, una forma apenas diferente de decir: “me sentí entre los míos”.

No obstante, la duda persiste y, para hacerse una idea clara sobre el asunto, el escritor investiga y echa mano a todo lo que se relaciona con nombres judíos, judíos conversos, presencia judía en Latinoamérica: diarios, revistas, libros, etc. Entre estos últimos, cita la *Historia de los marranos* de C. Roth, *Los judíos en Chile* de Günter Böhm y la *Historia de la Inquisición en Lima* de José Toribio Medina.

Según la lista de nombres hebreos que figura en la obra de Böhm, “mi familia es judía por cualquier lado que se la analice”, pero de acuerdo al comentario

³ J.E.B.: “Los judíos”, *La Nación*, 23 de octubre de 1928.

que Edwards hace de aquélla, en el repertorio citado no están todos los que son ni son todos lo que están. Así, “no me parece dar por comprobado el judaísmo del apellido Edwards porque así dicen aquí. De la misma manera, el apellido Ross no fue nunca judío, sino escocés”. En todo caso, “no lo son por la rama de origen inglés, sino a causa de los casamientos con chilenas”⁴.

En varios de sus escritos Edwards Bello alude a su bisabuela paterna, Isabel Ossandón Iribarren y Niño de Cepeda, de la que “se dice que era hija de un platero expulsado por la Inquisición en Lima”. El empeño por prolongar la identificación de la dama se comprende al leer algunos comentarios del cronista respecto a su hipotético parentesco (o “relación de sangre”) con Santa Teresa de Avila quien, como es sabido, se llamaba ... Cepeda.

No obstante, de todos los apellidos que conforman su árbol genealógico, “el más sospechoso de judaísmo”⁵ es el apellido López que compartieron la madre de Andrés Bello (Ana Antonia López) y la del famoso ensayista francés M. E. de Montaigne. “Los criollos antiguos, acota don Joaquín, *llevamos a cuesta una larga y variada genealogía*”⁶.

La gran mayoría de los judíos que emigraron a nuestro continente en la época de la conquista y de la colonia fueron de origen español, es decir, *sefaraditas*. El decreto de expulsión firmado por los Reyes Católicos en 1492 no les dejaba alternativa: o se convertían o dejaban la Península. Posteriormente no bastó con la conversión y, para postular a ciertos cargos, fue necesario someterse a la *prueba de sangre* y atestiguar la calidad de *cristiano viejo*. Sin contar con que cualquier judío sospechoso de *judaizar* (practicar en secreto su religión) podía hacerse acreedor a la hoguera.

Presuntamente emparentado con judíos sefaraditas, Edwards les otorga una atención particular y no deja de oponerlos a los judíos *ashkenazim* (del Este de Europa) configurando un cuadro de tipo maniqueísta: “Los árabes y judíos que pasaron a España algunos mil años antes de Isabel y de Torquemada pertenecían a la más selecta aristocracia oriental (...) Los judíos eran de tipo moreno, elegante, esbelto. Nada tienen de común con los actuales judíos alemanes, polacos, rusos”⁷.

En “Los Judíos en Chile”, J. Edwards vuelve sobre el mismo tema y escribe, sin temor a la hipérbole: “Los judíos de origen español o sefarditas (...) se ufanan de pertenecer a la tribu de Judá y no reconocen vínculos de familia con los otros judíos de Alemania, de Polonia, de Rusia y demás. El sefardita (...) se diferencia de los otros a causa de su físico imponente, su distinción y su inteligencia. Ni Borbones ni Haztsburgos podrían alardear de un linaje parecido al de dichos israelitas, en antigüedad y gentilhombría adquirida y pulida en muchas genera-

⁴ J.E.B.: “Nombres de judíos sudamericanos, ingleses, franceses, italianos”, *La Nación*, 4 de septiembre de 1938.

⁵ J.E.B.: “Los judíos en Chile”, *La Nación*, 3 de febrero de 1949.

⁶ J.E.B.: *Ibid.*

⁷ J.E.B.: “Cómo son los judíos”, *La Nación*, 8 de diciembre de 1938.

ciones. Se ha dicho que algunas familias hebreas llegaron a lo que es ahora la Península Ibérica antes de Cristo⁸.

Iguales apreciaciones en lo que respecta a los judeo-españoles (“geniales y magníficos”) que jugaron un rol importante en la historia de Inglaterra: “Habían conservado la dignidad, el porte y la soberbia española. Miraban con desprecio a los judíos de otras ramas”. Una cita de Walter Besant, novelista británico de fines del siglo XIX, es utilizada por Edwards para reforzar su visión de los sefaraditas londinenses: “Son la aristocracia más antigua de un linaje tan viejo, que a su lado un noble feudal es una callampa”⁹.

El razonamiento implícito en su re-presentación del pueblo hebreo en relación a sí mismo parece ser éste: es presumible que una parte de mi familia tenga sangre judía, pero hay judíos y judíos: los aristócratas (o sefardíes) viejísima estirpe a la que pertenecen los Bello, los López, los Pinto, etc. y los otros (ashkenazim), que los primeros “desprecian”. Hemos hablado de “visión maniqueísta”; el siguiente enunciado refuerza esta apreciación y resume muy bien tanto su percepción de los judíos como el lugar que reivindica el escritor entre ellos: ... “si mis antepasados comieron los panes ácidos y bebieron los dulces vinos de Sión, yo reclamo para mí la parte de la familia de los Profetas y no de los acaparadores”¹⁰.

Junto con plantear sus hipotéticas vinculaciones con el pueblo de Israel, Joaquín Edwards evoca, en ocasiones, sus amistades judías. No obstante, antes que las declaraciones de principios o las especulaciones genealógicas, resulta interesante averiguar cómo el escritor interiorizó su presunta condición de descendiente de judíos conversos. Las referencias, al respecto, son escasas. Un relato de Alone, crítico perspicaz cuya admiración por el cronista no empañó jamás la lucidez a que lo obligaba su oficio, ilustra con claridad lo chocante que resulta al escritor el simple hecho de ser percibido como judío: “Con la mayor buena fe le dije a Joaquín que él debía de tener algo de judío. Nunca lo hubiera hecho. Se demudó. Se puso a pasearse por la sala, agitado. Salvo una flecha, que, si era por la nariz, yo debía ser más judío que él, no las emprendió en mi contra, no se demostró enojado, sino ‘sentido’, como si hubiera recibido una herida. Se quejaba, decía que él había estado en muchas partes del mundo, pero que en ninguna le habían dicho algo tan pesado, que tenía que ser en Chile, etcétera. No me dejó contestarle y, estupefacto por el efecto de mis palabras, tampoco habría sabido hacerlo. Por último, sin despedirse, me dio vuelta la espalda y salió”¹¹.

¿Cómo explicar la reacción del cronista? ¿Como una simple expresión de malhumor pasajero? ¿Como la revelación de un sentimiento íntimo disimulado por un discurso oficial que no termina de articularse? ¿Como la manifestación espontánea de alguien que no quiere asumir la parte de semitismo que, según

⁸ J.E.B.: Cf. 5.

⁹ J.E.B.: “Judíos en Londres”, *La Nación*, 6 de octubre de 1949.

¹⁰ J.E.B.: Cf. 1.

¹¹ H.D.A.: “Joaquín Edwards y sus fantasmas”, *P.E.C.*, 23 de febrero de 1968.

sus propias declaraciones, pudiera circular en su sangre? Más que la de proporcionar respuestas simples, difíciles de probar con certeza, convengamos en que la función del analista reside, fundamentalmente, en suscitar interrogantes y en tratar de establecer, más allá de las contradicciones, una síntesis coherente.

III. CARACTERIZACIÓN DE LOS JUDÍOS

Una de las principales funciones atribuidas al lenguaje es la de representación. Con ello quiere significarse, por una parte, que las palabras no constituyen la realidad sino su expresión simbólica; y por otra, que ella es reconstruida de acuerdo a la visión que de ella tiene el sujeto comunicante.

Los lingüistas utilizan el concepto de *modalización* para designar la forma en que el locutor se posiciona frente a su enunciado, a su interlocutor, al objeto del discurso. Las “modalidades apreciativas”, corrientes en las operaciones de caracterización, son quizás las más aptas para conocer la evaluación que hace el locutor del referente. En las líneas que siguen nos abocaremos a estudiar la forma en que Joaquín Edwards representa y evalúa a los judíos.

Entre los escollo que debe salvar toda persona que discurre sobre agrupaciones humanas, cabe tener en cuenta los tres siguientes: la tendencia a la generalización, el empleo de instrumentos conceptuales inadecuados y la tendencia a la simplificación. “La generalización —dice S. Moirand— juega (...) un papel comunicativo específico: trata de actuar, en forma quizás inconsciente, sobre las creencias del otro, transformando una experiencia individual en una verdad de valor general”¹². Joaquín Edwards es el primero en ponernos en guardia contra este verdadero pecado intelectual: “Generalizar sobre los judaicos es pueril”¹³, expresa en uno de sus primeros escritos sobre el tema. Al margen del cual encontramos (en el ejemplar conservado en su Archivo), la siguiente nota manuscrita: “Es claro que me parece estúpido echar en cara el asesinato de Jesús a *toda* el pueblo israelita”. Su crónica “Cómo son los Judíos” previene igualmente al lector contra el riesgo de las generalizaciones: “Alrededor del asunto de los judíos se entretienen innumerables fantasías. Desde luego, podemos asegurar que hay muchas clases de judíos...”¹⁴.

Otra de las tentaciones a la que son proclives etnólogos poco rigurosos es el empleo indiscriminado de conceptos que las ciencias sociales manejan con cautela. Por ejemplo, el de raza. “La raza —dice P. Gaxotte— es un hecho propio de la zoología: representa la continuidad de un tipo físico (...). No se confunde ni con la lengua, ni con la nacionalidad, ni con la cultura ni con la religión. No existe raza latina, ni francesa, ni bretona, ni aria, sino una cultura latina, una nación, francesa, un pueblo bretón, lenguas arias o indoeuropeas”¹⁵. ¿Y el caso de los ju-

¹² Moirand, Sophie: *Une grammaire des textes et des dialogues*, París, Hachette, F.L.E., 1990, pág. 76.

¹³ J.E.B.: Cf. 3.

¹⁴ J.E.B.: Cf. 7.

¹⁵ Gaxotte, Pierre: *Histoire des Français*, París, Editions Flammarion, 1951, pág. 21, vol. I.

díos? Particularmente, somos renuentes a agruparlos bajo el término de “raza”, menos por razones científicas que por razones semánticas. Se ha postulado que el *sentido* de un vocablo es el resultado de sus múltiples usos. Teniendo en cuenta los usos que ciertas corrientes ideológicas han hecho de la expresión “raza judía”, parece conveniente o evitarla o proceder, como lo hace Sartre, con grandes precauciones: “No negaré que haya una raza judía. Pero ante todo es necesario entendernos. Si consideramos como raza ese complejo indefinible en el cual se hace entrar sin orden ni concierto caracteres somáticos y rasgos intelectuales y morales, no creo en ella más que en las mesas giratorias. Lo que llamaría, a falta de algo mejor, caracteres étnicos, son ciertas conformaciones físicas heredadas que encontramos con más frecuencia en los judíos que en los no judíos. Aún en esto conviene ser prudente: habría que decir más bien: en las razas judías. Sabemos que todos los semitas no son judíos, lo cual complica el problema; sabemos también que ciertos judíos rubios de Rusia están todavía más alejados de un judío cespado de Argel que de un ario de la Prusia Oriental”¹⁶. Aunque Sartre declara no negar la existencia de una raza judía, las restricciones que establece para el uso de la expresión son tales, que tornan el concepto poco operatorio.

Joaquín Edwards expresa igualmente su desconfianza frente al uso del término “raza” o del sintagma “raza judía”. Es así como ya en 1928 escribe: “¿Hay intrínquilis mayor que el de las razas?” y, en el mismo artículo: “El asunto de las razas es casi siempre un guirigay. Nada categórico podríamos afirmar”¹⁷. Diez años después, vuelve sobre el tema y afirma: “uno llega a creer que hay razas, pero que éstas dependen en parte del clima, de las condiciones de vida o de la manera de buscarse el sustento (...) Un negro del Brasil es diferente de un negro de Harlem”¹⁸.

Refiriéndose a los estereotipos, R. Preiswerk y D. Perrot aluden a uno de sus rasgos mayores: la simplificación. “La realidad –afirman– es simplificada, lo que tiene por efecto no una clarificación sino un ocultamiento de elementos esenciales a la comprensión. Esta simplificación procede de una elección limitada de elementos específicos, de omisiones conscientes y de simples olvidos. Que esta cognición selectiva sea orientada voluntariamente o no lo sea, sólo nos interesa en segundo análisis”¹⁹. En teoría, J. Edwards comparte este punto de vista y suele rebelarse contra la tendencia a reducir a los judíos a unos cuantos rasgos caricaturales: “Respecto a los judíos impera el prejuicio de las narices largas y la avaricia. ¿Qué hay de verdad en ambas cosas? Por mi parte declaro que he visto judíos ñatos y generosos y otros narigones y jugadores, que no parecían tener una gran reverencia al Poderoso Caballero don Dinero”²⁰. Años más tarde, el

¹⁶ Sartre, Jean Paul: *Reflexiones sobre la cuestión judía*, Buenos Aires, Sur, 1960, pág. 56.

¹⁷ J.E.B.: Cf. 3.

¹⁸ J.E.B.: Cf. 7.

¹⁹ Preisberk, R. - Perrot, D.: *Ethnocentrisme et Histoire*, Paris, Anthropos, 1975, págs. 237-8.

²⁰ J.E.B.: Cf. 3.

cronista retoma el tema de la variedad de los hebreos, declarando que “hay muchas clases de judíos... (que) hay también el judío chato o ñato, de nariz deprimida, cóncava y labios gruesos; hay el judío negro de cabellera ensortijada. En fin, hay mucho...”²¹.

Las citas consignadas en los párrafos precedentes muestran a un Edwards escrupuloso intelectualmente y consciente de las limitaciones propias a la expresión científica. Desafortunadamente, la teoría es a menudo contradicha por la manera en que, a través de sus sucesivos escritos, va esbozando el retrato del pueblo de Israel. Sucede incluso que la contradicción es inmediata y flagrante; que los sentimientos del cronista no se resignan a aceptar lo que eventualmente le dicta su cabeza. Es así como, después de haber reconocido que existe el judío ñato, el negro, etcétera —es decir, el principio de diversidad—, echa pie atrás y agrega: “Pero el entendido los sabe reconocer en algo, entre miles, sobre todo en la manera de mover las manos y los brazos”²². Dicho en otras palabras, no obstante las diferencias, existe para el escritor una *esencialidad judía* que se traduce en determinados rasgos físicos; no en la forma de la nariz ni en el color de la piel, sino en el movimiento de las manos o en otros que enuncia en una crónica del año 28: “Si alguna cosa me permitiría conocer a los judíos es la viveza de los ojos, especialmente en los niños, el encrespado de los cabellos y el grosor sensual de los labios...”²³.

Si bien no faltan en la producción de Edwards expresiones admirativas respecto a la belleza o apostura de un tipo de judíos, tampoco están ausentes determinadas descripciones dignas del lápiz de Doré. Un ejemplo de ellas nos lo proporciona *El monstruo*, su segunda novela, donde el lector se enfrenta a un “mundo despreciable de agencieros, joyeros i usureros, casi todos judíos, que (...) triunfan en los alrededores de *Enghien les bains*... sin más armas que sus sonrisas enigmáticas, su perfecto conocimiento de las debilidades de sus semejantes, sus hipócritas reverencias i la lente circular para valorar joyas...”²⁴. Diez y ocho años después, Don Joaquín esboza el siguiente retrato *del* judío de Whitechappel, barrio popular del Londres: “ha conservado la mímica extraña de Shylock, las barbas y el gesto negativo, arqueando las cejas e inclinando la frente, en tanto las manos descarnadas se abren a ambos lados de la cabeza cual enorme orejas supletorias”²⁵.

Pero más que los rasgos físicos, hay otros indicadores (orientaciones laborales, cualidades, defectos o preferencias, comportamientos sui generis, etc.) que nos parecen más adecuados para circunscribir la mirada proyectada por J. Edwards sobre los judíos.

²¹ J.E.B.: Cf. 7.

²² J.E.B.: Ibid.

²³ J.E.B.: Cf. 3.

²⁴ J.E.B.: *El Monstruo*, Santiago, Imprenta y Litografía La Ilustración, 1912, pág. 34, 2ª edición.

²⁵ J.E.B.: Cf. 3.

El universo socio-profesional en que éstos se mueven, está constituido principalmente por especialistas del dinero (banqueros, financieros, prestamistas, especuladores, etcétera); por sabios, intelectuales, médicos y artistas (músicos, actores, anticuarios); por joyeros y por peleteros acostumbrados a “pasar gato por liebre”, en sentido figurado como propio (venden cabros y conejos chilenos por cibelinas y petits gris importados). En general, “operan en los terrenos más aptos para usar la astucia”²⁶.

Según Edwards, *el judío se siente bien entre las multitudes, “en los focos densos de la humanidad”: el banquero o el agiotista echa sus redes y sabe pescar su parte “dondequiera hay río revuelto financiero”*²⁷.

La imagen del judío improductivo nos es sugerida en varias ocasiones, sin que se sepa a ciencia cierta si el autor la asume o no. Ej.: “Nunca producen, *al decir de sus detractores*. Es exactamente el mismo cargo que les hace ayer, en la sección Cartas al Público, el señor Carlos Maggi, *quien parece conocer el asunto a fondo*. Ninguno de ellos produce un poroto en Chile, dice el señor Maggi”²⁸. El 7 de abril del 46, en su respuesta a la carta de un lector, el periodista reanuda con el tema y declara, sirviéndose de un pronombre indeterminado: “Se les echa en cara la incapacidad para producir. Hitler creía que Cristo no pudo ser judío... puesto que su padre era carpintero”²⁹.

No son raras las citas en Joaquín Edwards. Un diccionario define sucintamente dicho procedimiento como “un texto extraído de un autor o de un personaje célebre para ilustrar o reafirmar lo que se sostiene”. Al examinar las citas del cronista, uno se percata que las “autoridades” que suele convocar no poseen a menudo la calidad de tales, ya sea porque se trata de sujetos no especificados, ya porque carecen de competencia o ecuanimidad. A tal punto que es lícito preguntarse si la cita no constituye para Edwards un subterfugio, una manera de delegar en otro lo que le resulta difícil sustentar directamente. “Cuando (los judíos) son pocos, sus trabajos pasan inadvertidos. Sin embargo, *dice un escritor contrario a ellos* que si se silenciara el mundo un instante, nuestros oídos percibirían un inmenso rumor de dientes de roedores triturando toda la armazón humana del planeta. Es el judío laborando”³⁰. ¿Por qué razón, reconociendo que se trata de un testimonio parcial, lo trae a colación? ¿Existe realmente ese escritor? Y en la afirmativa, ¿por qué no haberlo nombrado? ¿Porque su nombre no constituye una referencia honorable? ¿Para no poner demasiado de manifiesto sus afinidades con ciertos intelectuales antisemitas, entre los cuales se destaca León Daudet, “extremista del anti judaísmo” a quien Edwards profesa una admiración no disimulada?

El 13 de julio de 1967, a menos de un año de su muerte, Joaquín Edwards Bello recibe en su casa a Alfonso Calderón y se enfrasca en un apasionante monólogo. Más que conversar, a don Joaquín le gustaba monologar, sin ser interrumpido. En el curso de sus charlas, saltaba de un tema a otro y, en esa ocasión,

²⁶ J.E.B.: “El furor antisemita”, *La Nación*, 4 de septiembre de 1938.

²⁷ J.E.B.: “Matanzas de judíos”, *La Nación*, 27 de agosto de 1929.

²⁸ J.E.B.: “Emigración siria y judaica”, *La Nación*, 04 de abril de 1935.

²⁹ J.E.B.: “Confesiones de un corrector de pruebas”, *La Nación*, 07 de abril de 1946.

³⁰ J.E.B.: Cf. 26.

abordó de paso el tema de los judíos: "Aguirre Cerda, declara a su interlocutor, hizo algo muy bueno. Trajo a los judíos y a los refugiados españoles (...) ¡Dios se lo pague a Aguirre Cerda! (...) Y Nasser decía: -Los borraremos del mapa. No les aguantaron "nadita". Son una fuerza incontenible. Superarán a todos porque son inteligentes. Y todo esfuerzo"³¹.

La idea del judío cerebral, inteligente, intelectual, es una constante en las crónicas de J. Edwards. Unida al esfuerzo, al sentido de la organización, a la astucia, esta inteligencia les confiere un poder inmenso, "Son irresistibles -afirma- y mucho más cuando se incrustan en pueblos dejados a media evolución"³². En uno de sus artículos alude a la "fuerza y poderío de las aglomeraciones israelitas"; en otro asevera que "al judío no se le persigue por inferior sino por la imposibilidad de competir con él"³³.

Trabajador, lo es y en demasía, pero "la actividad cerebral del judío es tan enorme que no se puede contentar con labores costosas, largas y aburridas"³⁴. En otras palabras, su inteligencia lo dispensa de ese trabajo que demanda sudor y esfuerzo y se inscribe en la monotonía del tiempo; ella le otorga un status de trabajador privilegiado cuya actividad no se ejerce ni en la tierra ni en las máquinas sino en lo que Edwards llama "las recámaras cerebrales"³⁵.

Pero el judío de Edwards no es sólo inteligente, sino también *astuto*. "La astucia, dice Marmontel, es una fineza práctica en el mal". El diccionario Larousse Ilustrado la asimila a "ardid", a "maña" y la opone a "candidez" y "lealtad", cualidades que, si somos consecuentes, estarían ausentes de "la raza discutida". Expresiones de esta astucia serían su capacidad mimética, ("Para afirmarse socialmente en otros medios mas elevados, el judío tomará aspecto de cristiano..."³⁶, su duplicidad ("Aquí en Santiago las tiendas semitas son las que más venden santos...")³⁷, su arribismo incontrolado. La caballeriza, en el caso de Jesús, el chinchel y el baratillo (en otros casos) son "el trampolín donde se lanzan a la conquista del mundo"³⁸.

Hay, en este pueblo que observa y mitifica Edwards Bello, una potencia, una fuerza arrolladora que a la vez lo irritan y fascinan. El judío que describe es un triunfador nato, refinado y sibarita, terriblemente conservador, pero los escasos rebeldes (Jesús, Trotsky, Freud, Einstein, etcétera) hacen remecer los cielos del universo. Las ideas de *invasión*, *conquista*, *fuerza*, *poderío*, *ocupación*, etcétera parecen inherentes a este conjunto "invencible", que, en las primeras páginas del *Monstruo*, es presentada bajo los rasgos de una "horda invasora (...), mil veces más temibles que un ejército victorioso de hunos"³⁹.

³¹ Calderón, Alfonso: "Joaquín Edwards Bello. Ocho conversaciones", *Atenea*, N° 419, marzo de 1968, pp. 11-20.

³² J.E.B.: Cf. 4.

³³ J.E.B.: Cf. 29.

³⁴ J.E.B.: Ibid.

³⁵ J.E.B.: Cf. 27.

³⁶ J.E.B.: "Los judíos santiaguinos", *La Nación*, 17 de abril de 1930.

³⁷ J.E.B.: Ibid.

³⁸ J.E.B.: Cf. 28.

³⁹ J.E.B.: Cf. 24, pág. 35.

IV. "ESPECÍMENES JUDÍOS"

Es común que, cuando Joaquín Edwards Bello cita a una personalidad judía, haga mención y operativice su calidad de tal. Un actor israelita, por ejemplo, no puede ser sino un actor-israelita y sus orígenes étnicos-religiosos no pueden ser neutralizados, ya que contrariamente a lo que sucede con un actor no judío, condicionan necesariamente su visión del mundo, su manera de sentir y de pensar. En otras palabras, el no judaísmo sería una forma de libertad, el judaísmo, una expresión de fatalidad. Varias crónicas de Joaquín Edwards Bello giran en torno a individualidades semitas que se han destacado o han hecho noticia y que, en virtud de lo expresado, constituyen ilustraciones vivientes de los rasgos que el escritor atribuye al pueblo judío. Entre éstos, el lector reconocerá varios de los ya citados o sugeridos; a ellos se agregarán algunos más que vienen a completar el retrato que, a través de varios decenios, Edwards esbozó del pueblo de Israel.

En junio de 1936, don Joaquín publica en *La Nación* un artículo titulado "Su Majestad Chaplín". Una lectura rápida del mismo basta para comprender que la noción que desea actualizar con el empleo de dicho término honorífico es la de *poder* y que aquélla le sirve de pretexto para acceder—por un mecanismo de transferencia aparentemente inocente— a la de dictadura. "Su triunfo—escribe, refiriéndose al actor británico— es aún mayor que el de todos los dictadores de sus patrias, porque él es un dictador de la patria universal. Un Mussolini es discutido y aun podrá terminar mal (...). Chaplín es indiscutido...". En ningún momento el cronista se detiene a analizar la diferencia entre estas dos "dictaduras". Ambos se confunden bajo la misma etiqueta porque ambos triunfan y fascinan a las multitudes; y el dictador-artista, según Joaquín Edwards, es más dictador que el político, puesto que su imperio está fuera de discusión. El hecho que el primero sea el resultado de un consenso y el segundo de la fuerza no parece inquietar a nuestro Premio Nacional; la polisemia del término, le permite ese desliz.

El 20 de enero de 1941, el escritor vuelve sobre el tema en una crónica a propósito de *El Gran Dictador*, la célebre película de Chaplín. El 41 fue, como se sabe, un año particularmente doloroso en la historia del judaísmo contemporáneo; el de la invasión de Rusia por las tropas hitlerianas y de la puesta en marcha del plan de supresión masiva y sistemática del "pueblo elegido". Insertas en ese contexto, las palabras "raza", "ghetto", "judío", etc. no podían sino adquirir resonancias especiales; hablar de "judío" en ese entonces equivalía a evocar a una población en vías de exterminio.

El dictador de que se nos habla en este artículo no es sino la prolongación del que se nos presentó en el 36. "Chaplín conoce la gloria", "las manías y caprichos de los hombres que mandan", "ha sentido las emociones del poder y de la fuerza"... "es dictador a su manera". Desconcertante lógica la de este escritor que hace derivar la dictadura del éxito y que postula la asociación automática de éste con el poder y la fuerza. Desconcertante también el encadenamiento argumental que sigue a su premisa: "... ha sentido las emociones del poder y de la

fuerza. De ahí que no puede perdonar a otro poder (...) el agravio que ha hecho a su raza, a la raza semita. El hijo del Ghetto de Londres no puede aceptar el desprecio de un superhombre germano a su raza. Por cuanto él también se cree superhombre, y viene de la nada. Entonces da en crear la suprema película o venganza del Ghetto de Londres contra la cólera celestial de Goering. Por cada bomba que deja caer Goering en su tierra natal, él dejará caer un sarcasmo en el pueblo alemán”.

Como podemos observar, Edwards Bello no asevera que *El Gran Dictador* constituye –según él– la expresión de un sentimiento de venganza de un judío hacia una potencia que ha infligido una inmensa tragedia a varios millones de judíos. Su óptica es diferente. Se trata de *un poder* que ha impuesto un *agravio* a otro poder; de dos entidades aparentemente simétricas; de dos *superhombres* en situación de igualdad; de la venganza luchando contra la cólera; de un sarcasmo al que se le ha inyectado dinamita. Todo lo cual no hace sino banalizar la acción de los alemanes; magnificar en forma desmesurada el poder de los judíos; dejar entender implícitamente que las responsabilidades son compartidas. Ahora bien, lo que podía haber sido leído como una metáfora, como una simple imagen –comprometedora, pero imagen al fin de cuentas– adquiere ribetes de realidad con las aserciones que siguen y que tienden a hacer del símbolo una realidad contra la que no hay apelación posible:

“Su raza (la de Chaplín) mantiene el poder tremendo de Sansón, la fuerza destructora más solapada, sutil de la tierra. Así han sido sucesivamente destruidos los mayores mitos de la Edad Media europea; el caballero del Santo Grial, la jerarquía social, Newton, Leonardo, Don Juan, la aristocracia católica. El Ghetto se ha quedado con el oro, la música, el arte, la literatura, la pintura, los bancos y las tiendas”.

Volvemos así a la imagen del judío omnipotente, destructor e indestructible, avasallador, acaparador, astuto, transgresor y, al mismo tiempo, capaz de los mayores refinamientos. De este judío al que no se quiere dar la cara (¿qué otro sentido atribuir a la omisión del complemento de agente en el caso de la oración pasiva o al empleo del colectivo “el Ghetto” en la proposición que sigue?) y que va adquiriendo progresivamente los rasgos tenebrosos de Satanás, es decir, del Mal, contra el que se desencadena la cólera del mariscal Goering. A estas alturas del texto, los roles parecen totalmente invertidos: más que el par o el verdugo, el director del célebre Plan Cuatrienal se nos presenta como el defensor de los grandes valores (o mitos) de la sociedad occidental, minada por los judíos.

Edwards Bello sigue con mucha atención la evolución de los Frentes Populares europeos, a propósito de los cuales escribe varias crónicas en las que los responsabiliza del ascenso de las dictaduras y los culpa de los peores males: “El Frente Popular, pese a su nombre imponente, es un espantapájaros, o peor que ello, un furúnculo, producto de la necesidad de los que creen que los incendios se pueden apagar con papeles y saliva”⁴⁰. Entre los representantes de este movi-

⁴⁰ J.E.B.: “Frente Popular, destructor de la democracia”, 5 de junio de 1936, en:

miento, evoca a menudo la figura de León Blum, primer ministro francés (1936-1938) al que tilda de “millionario populachero”, plutócrata demagogo, *judío*, dueño de diario semi-comunista, a cuya redacción acude cada tarde en su poderoso automóvil de ciento cincuenta mil francos⁴¹. La pasión obnubila al redactor de *La Nación* y le induce a olvidar las extraordinarias cualidades intelectuales del Blum y su innegable contribución al desarrollo social de su país. Su fortuna, su coche y, al mismo tiempo, su pertenencia a un partido de izquierda, lo transforman de por sí en un demagogo, no obstante ser propietario de un periódico semi-comunista y haber adoptado una serie de medidas que le acarrearón el odio de la derecha francesa. No cabe duda que Edwards se siente más cerca de dirigentes como Hitler y Mussolini, “hombres de la plebe, sanguíneos, fuertes, (que) “carecen de manera para expresarse, ignoran las sutilezas de la diplomacia de carrera”, proyectando con ello “un poder substancial de sinceridad”⁴². Contrariamente al *judío* Blum, éstos “no saben acumular dinero para ellos mismos, pero saben distribuirlo y acumularlo en forma colectiva”⁴³.

Como se habrá constatado, el contexto en que el periodista introduce el epíteto “*judío*” muestra por sí solo la imagen que el autor se forja de los hebreos en el momento de escribir su artículo; la incorporación del término en una enumeración de atributos peyorativos basta para “contaminarlo” y conferirle una coloración negativa.

Otro “especimen admirable de la raza” es el financiero de origen ruso Sergio Rubinstein, asesinado en los años 50 en su residencia neoyorquina. Según el relato de J. Edwards, “Rubinstein tuvo dos grandes pasiones: el dinero y las mujeres” Poseía un fichero de mujeres bonitas y una fortuna espectacular. Era hermoso: “parecido a Gary Grant. Color té aguado y cabellos negros”... “Pareció que las guerras debieron exterminar a este género de personas, con sus crueldades viciosas y sus cinismos materialistas” escribe Edwards a propósito del “lujurioso Rubinstein”⁴⁴. Curiosa construcción que deja entrever la contradicción entre un deseo, guiado por motivaciones moralistas y el temor a expresarlo francamente. “Pareció que las guerras *iban* a exterminar ...” habría resultado más aceptable desde el punto de vista semántico, pero en qué fundar ese “parecer” que, a nuestro juicio, no tiene otro objeto que disimular un deseo (avalado por el verbo “deber”) que queda puesto en evidencia al suprimir “pareció que...”? El empleo del verbo “exterminar”, común en las descripciones del Holocausto, contribuye a aumentar la perplejidad del lector.

Edwards Bello – Corresponsal de guerra – Guerra Civil española – Segunda Guerra Mundial, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Valparaíso, 1981. Artículos extraídos de *La Nación* de Santiago, de *La Patria* de Concepción y del *Correo* de Valdivia y recopilados por Alfonso Calderón. El diario a que pertenece el artículo no es especificado por el compilador. En adelante designaremos esta obra con las iniciales C.G.

⁴¹ J.E.B.: “El fracaso de los Frentes Populares”, junio de 1936, in. C.G.

⁴² J.E.B.: “Naciones millonarias y naciones proletarias”, 16 de junio de 1940, in. C.G.

⁴³ J.E.B.: *Ibid.*

⁴⁴ J.E.B.: “Asesinato de Rubinstein”, *La Nación*, 1 de febrero de 1955.

Edwards Bello recuerda que los Rubinstein “brillaron en la música, en la Bolsa, en las tiendas de antigüedades, en los teatros”, espacios privilegiados de los judíos, según ya lo ha manifestado el escritor. Cada uno de ellos representa una actividad, pero es también un signo. La Bolsa es el signo de lo fluctuante, de lo inestable, del riesgo; el teatro, el dominio de las máscaras y la expresión de las apariencias; las antigüedades, como las pieles y las joyas, se sitúan en la frontera entre lo cierto y lo incierto, lo auténtico y lo falso; la música es la magia a la vez que lo abstracto, la posibilidad de construir paraísos artificiales pulsando una tripa de animal o haciendo circular aire a través de una caña. ¿Dónde reside el determinismo? ¿Fueron esas actividades las que condicionaron el carácter de los judíos o fueron éstos quienes eligieron los trabajos que mejor se adaptaban a su temperamento íntimo? Cualquiera que sea la respuesta, la asociación constante entre determinados trabajos y determinado grupo social encierra el judío en un disyuntiva impuesta desde fuera y sugiere la idea de una “fatalidad laboral” a la que parece irremediamente condenado.

Chaplín, ángel que disimula “los pies de sátiro debajo de las túnicas celestes” y Sergio Rubinstein comparten un rasgo al que hasta ahora apenas se había aludido, no obstante ser, según el periodista, característico de los hebreos. “Entre sus muchos enemigos el judío tiene uno solapado y terrible: es la lujuria”. Chaplín tuvo que salir de Estados Unidos bajo las “acusaciones de satiriasis”. Rubinstein encontró en Nueva York “el harem con que había soñado en su niñez” y en el que podía ejercer su “pujante sexualidad de *giovannotto*”.

Se habrá observado que la adjetivación usada por Edwards Bello para calificar el universo “judaico” resuena a menudo con acentos de anatema: “crueldades viciosas”, “cinismos materialistas”, “enemigo solapado y terrible”... Se diría el discurso de un predicador medieval; discurso tanto más desconcertante cuanto que el sujeto discurrente estuvo mil veces expuesto a las mismas debilidades (por no decir “pecados”) que denuncia en los judíos: amor al juego, tendencia al lujo, sed de éxito, etc. Lo que nos da derecho a preguntarnos si la imagen que construyó el escritor del pueblo hebreo no fue algo así como un espejo que le devolvía, ampliada, su propia imagen; imagen que no siempre asumió y que muchas veces le produjo sentimiento de rechazo.

La imagen del judío temible y tenebroso cobra en el artículo sobre el asesinato de Rubinstein ribetes caricaturales: “Los judíos promueven misteriosos temblores en las ciudades que ocupan, mediante el cine, la literatura, el culto de la belleza física... Velada pornografía pasa como un céfiro agradable sans en avo-ir lair... Pero hay algo más en ciertos judíos: ejercen una atracción mortal, un magnetismo que no parece de este mundo”. Uno de ellos es Rubinstein, quien “podía destruir a sus enemigos mediante fluidos letales emanados de su portentosa organización cerebral”... Los gases letales que provocaron la muerte de millones de judíos en los centros de exterminio aparecen aquí como el arma mortífera utilizada por Sergio Rubinstein, “especímen admirable de su raza”.

Los judíos... *ciertos judíos... un judío* (S. Rubinstein)... Este vaivén permanente entre lo general y lo particular contribuye a que no sea siempre fácil discernir entre lo que concierne al conjunto y lo que es atribuible a un sub-conjun-

to o a una de sus partes. Es posible que el mismo escritor se hubiera visto en dificultad para determinarlo. Resulta evidente que, no obstante ciertos índices engañosos, el discurso de Edwards no puede definirse ni como racional ni como científico; se trata a menudo de un discurso de tipo *poético* aplicado a objetos sociales, pero sin el rigor ni el cuidado que el verdadero sociólogo confiere a la palabra. Lo importante para el cronista es crear una atmósfera; mucho más que categorizar, establecer límites o argumentar en forma lógica. El empleo permanente de recursos analógicos (con todo lo abusivo que hay en ellos); la calificación y la descalificación constantes; la inserción de anécdotas y de ejemplos de un valor ilustrativo a menudo discutible; el empleo de términos propios a hacer trabajar la imaginación, etcétera... hacen de Joaquín Edwards un escritor *sui generis* que combina elementos ficcionales con elementos reales, historia con poesía; pero que resulta, no obstante, convincente (y hasta creíble) menos por la validez de la argumentación que por la autoridad que el cronista sabe atribuirse a sí mismo a través de la utilización de determinados mecanismos discursivos.

El artículo sobre el asesinato de Rubinstein concluye resaltando que el financiero internacional “practicaba la magia negra”. Sin ninguna transición, el autor nos informa que “El primer nombre en el Diccionario Infernal por Collin de Plancy es Aarón, judío” y que “este mago (...) manejaba una legión de demonios”. Aun cuando la relación entre las dos afirmaciones no aparece explicitada por ninguna marca formal precisa, no cabe duda que, al yuxtaponerlas, el autor no persigue más que una cosa: pasar *del* judío a *lo* judío, de lo satánico individual a lo satánico colectivo. Y Aron nos conduce a Asmodeo, “llamado Asmodai por los rabinos, personificación de la serpiente que tentó a Eva ... superintendente de las casas de juego y de los aposentos galantes”. “Es seguro, —agrega— que alrededor de esta clase de hombres se acumulan fuerzas defensivas y adversas...”. ¿Cuál es el referente preciso en este caso? ¿Qué concepto cubre exactamente “esta clase de hombres” que, con sus riquezas ostentosas, “no se hacen simpáticos al nombre corriente”? Cuando se ha hablado de “espécimen” apenas queda lugar para la duda.

Sigmund Freud⁴⁵, Julius y Ethel Rosenberg⁴⁶, encarnan, igualmente según J.E., algunos de los rasgos más sobresalientes del pueblo hebreo. En el artículo dedicado al primero, la relación entre lo individual y lo cultural no es mencionada explícitamente; el momento en que fue escrito no lo hacía quizás aconsejable. En la crónica sobre los Rosenberg, sin embargo, el *trasfondo judío* es subrayado desde las primeras líneas: “Acusados, acusadores y jueces pertenecían a la *raza escogida y discutida*.” Como es su costumbre, el escritor contextualiza su artículo evocando algunos hechos cuya relación con el tema central no es inmediatamente evidente. Nos recuerda, por ejemplo, que el poeta judío Heine no olvidaba los ataques, que Dreyfus “marchó” con goce morboso a su suplicio... “a pesar de su inocencia”; que Chaplín, en la película *Candilejas*, escenifica el fracaso

⁴⁵ J.E.B.: “Enemigos de Freud”, *La Nación*, 26 de septiembre de 1939.

⁴⁶ J.E.B.: “Los Rosenberg”, *La Nación*, 26 de junio de 1953.

de un artista... Todo esto, presumiblemente, para dejar sentado el carácter vengativo y masoquista de los judíos; su culto por las lágrimas; una cierta paranoia de la persecución... “La delectación en la derrota y en la invención de no existentes derrotas permaneció en ciertas porciones del pueblo español con ascendencia judía”, escribe el autor, significando, por una parte, que la derrota es un plato sabroso al paladar de los judíos, a su temperamento morbosos y, por otra, que parte de sus mentados sufrimientos son el producto de la imaginación.

Al aludir a la “tendencia hereditaria (de los judíos) al sufrimiento o a la simulación del dolor”, reintroduce el tema de la ambivalencia y del fingimiento, pero en lo que éstos pueden tener de más chocante. De acuerdo a su percepción, los hebreos no sólo son profesionales del sufrimiento, sino actores del mismo. La incertidumbre que suscita la calidad de sus pieles es igualmente aplicable a la autenticidad del dolor que manifiestan y que cultivan, a veces, de manera ritualística: “He conocido familias populares chilenas, de origen judaico, que planeaban reuniones en cuartos sombríos para contarse historias truculentas y llorar en conjunto”. ¿Qué tiene que ver todo esto con la ejecución de los Rosenberg? Por momentos uno piensa que la evocación de ciertos temas son utilizados por el autor como pretexto para expulsar sus fantasmas en torno al “pueblo discutido”.

Respecto al caso mismo, Joaquín Edwards, tiende a dejar sentada la tesis del judío internacional para quien no hay más patria que “su casa”, es decir, la patria judía dispersa por el mundo. “El patriotismo de esta raza —escribe— condensó, durante la pasada guerra, en el odio ultranciero contra Hitler. Razones le sobran...”. Una vez más la construcción de la frase no puede menos que sorprendernos: el patriotismo (elemento positivo), se convirtió en odio (elemento negativo); más aún, en odio “ultranciero”; juicios que pierden su fuerza con la yuxtaposición de la frase que sigue. Es el juego sutil y permanente de la tensión y de la distensión en el que el cronista se complace cuando aborda temas frente a los cuales tiene posiciones encontradas.

Los Rosemberg, según Edwards, se sacrificaron por la “causa judaica” y entregaron los secretos atómicos a los rusos no tanto para desestabilizar a los norteamericanos como para recompensar a los rusos de hacer “dado el golpe mortal a Hitler”. Pero también por razones menos idealistas relacionadas con los intereses personales. “El hecho de haber vendido dichos secretos —concluye J.E.— les resta simpatía”. La afirmación queda en el aire. Libre al lector casual el determinar si esa supuesta (y no atestiguada) codicia afecta únicamente a la pareja. Pero para el lector regular del cronista, no existe duda posible: el carácter interesado y mercantil es inherente al pueblo judío. La diferencia es importante; el lector ocasional se enfrenta a un solo texto; el regular lee una crónica como el capítulo de un libro, es decir, es sensible a lo que los lingüistas llaman la “intertextualidad”; es capaz de establecer relaciones entre los textos ya escritos y aquel al que se enfrenta; está en condiciones de llenar las entre-líneas a partir de lo que el escritor ya expresó.

También Freud nos es presentado como una especie de mercader, pornógrafo y deshonesto: “Freud tuvo la habilidad de catalogar y de hacer un comer-

cio regular de ciertos fenómenos humanos que no pueden ser honestamente catalogados ni deben servir de materia comerciable”, escribe en su crónica “Enemigos de Freud”. Nuevamente, el escritor solicita el testimonio de otros (en este caso, de los enemigos del personaje), para volcar su mal humor. El psicoanalista es comparado a Paraf, judío estafador, acusado “de sacar oro del asunto apasionante y universal de ahora y de siempre: del sexo”. Algunas de sus obras son calificadas de “puzzle obsceno o juego de ingenio” en el que, como era previsible, no está ausente “el truco”. El artículo concluye con una cita del amigo Mariano Latorre: “Después de leer a Freud, hasta el beso de una madre en la frente se hace sospechoso...”. Veintidós años después, en una crónica relativa a la película *Psicosis*, repite (pero en estilo indirecto) la cita del autor de *Zurzulita* y recuerda que el crítico Omer Emeth trató de *cochinadas* las teorías freudianas. “Psicosis”, precisa Edwards, “proviene de la novela de Robert Bloch, otro judío”. Y agrega: “Lo inesperado, lo demoledor y creador a la vez proviene de Israel”⁴⁷.

El enfoque que hace Joaquín Edwards Bello del fundador del Psicoanálisis parece poco conforme a la imagen del periodista culto, riguroso, documentado que algunos críticos han trazado de él. Hablar de obscenidad a propósito de Freud es como acusar de indecencia a Miguel Ángel porque omitió cubrir el sexo de algunas de sus esculturas; asumir el término “cochinadas” a propósito de sus teorías equivale a adoptar la perspectiva del hombre rústico que substituye el análisis por la descalificación; utilizar a los “enemigos” de Freud para caricaturizar las teorías del médico vienés resulta insólito de la parte de un escritor que se preciaba de ser un defensor encarnizado de la verdad; insistir en aspectos anecdóticos en absoluto probados, es una forma de situarse en el terreno privado de la conversación de café. ¿Cuáles fueron las fuentes que utilizó el cronista para disertar sobre el tema? Difícil responder. Si consultamos su Archivo (carpeta Freud), sólo encontraremos artículos de divulgación publicados en revistas y diarios que ningún especialista podría tomar en serio. Entre ellos, uno de León Daudet titulado “La mystification freudienne” en el que se califica el complejo de Edipo como “una morbosidad pura y simple” y a Freud como a un *commis voyageur de la publicité*. Que Edwards Bello admirara las condiciones de periodista y el estilo mordaz del escritor antisemita, no merece comentario; que lo utilice como referencia para hablar de Sigmund Freud, plantea dudas sobre la solidez y la seriedad de sus fuentes.

El lugar ocupado por la mujer en el corpus que estudiamos es más bien limitado. En su artículo titulado “El furor antisemita”, Edwards alude a ellas y subraya “el escaso número de judías que se deja atraer por hombres de otra raza que la suya”. Agregando más adelante: “antes que el racista ario, el racista judío, personificado en sus mujeres, prefiere el barrendero semita antes que el junquer prusiano”. Pronto tendremos la ocasión de referirnos al pretendido “racismo judío” y a la propensión del periodista a ponerlo en paralelo con el “racismo ario”. Contentémonos, por el momento, con observar que el sentido que Ed-

⁴⁷ J.E.B.: “Psicosis en el cine”, *La Nación*, 8 de junio de 1961.

wards atribuye al término “racismo” es discutible. Ignoramos dónde está atestiguado que sea escaso el número de judías que prefiere los judíos a los no-judíos; y de qué judías se trata. ¿Una judía ortodoxa, por ejemplo, sentirá la misma atracción por un judío ortodoxo que por un agnóstico? ¿Una muchacha sefardí decidirá de la misma manera frente a un ashkenazí que a un sefardí? ¿Una joven que, colocada frente a la disyuntiva de elegir entre un muchacho cristiano y otro judío, pero cuyo origen no conoce, tenderá, “por instinto de raza” a preferir al segundo? ¿No sería más razonable hablar de tendencias culturales que de tendencias raciales? Y, al fin de cuentas, ¿qué hay de sorprendente en el hecho que un pueblo disperso desarrolle reflejos endogámicos en un afán de reconquistar su unidad perdida? Se ha aducido que Edwards Bello era un periodista, no un sociólogo, lo que lo obligaba a ir rápido, a no entrar en detalles, pero el argumento no parece válido pues el uno como el otro son igualmente *responsables* ante sus lectores.

En marzo del 55, Joaquín Edwards escribe una crónica a tres columnas titulada “Theda Bara, judía y vampiresa”. Menos del 10% de la superficie impresa está dedicada a la célebre actriz; el resto de la crónica gira esencialmente en torno a una pretendida tendencia de los judíos a cambiar o a *disfrazarsus* apellidos. El nexa entre las dos partes lo constituye el hecho que T. Bara se llamaba en *realidad* Teodosia Gutman o Goodman. Otra actriz (“sobrenatural”), Sara Bernhard, habría hecho lo mismo, trocando su apellido de origen, Bernard, por el de Bernhard. “Parecido fue el caso de la actriz judía Rachel”, hija de un caballero suizo de apellido Félix... como María Félix.

Buena parte de los ejemplos seleccionados por Edwards son extraídos del universo teatral, es decir, de un universo en que se re-presenta, se finge, se simula y que, en el artículo citado, es ilustrado por expresiones tales como “cambiar”, “disimular”, “disfrazar”, “hacerse llamar”, “ser en realidad”, “no ser... sino”. Lo que plantea indirectamente y una vez más el problema de la autenticidad, de la credibilidad, del parecer opuesto al ser. En forma, a nuestro juicio, poco convincente y no totalmente coherente. El cambio de nombre, de apellido o de ambos es un procedimiento corriente entre las personas que adquieren una nueva nacionalidad; más aún, a veces es sugerido por la administración del país de adopción; o el resultado de un error por parte de los funcionarios encargados de transcribirlos; o una práctica banal en el ejercicio de ciertos oficios (el teatral, por ejemplo). Por otra parte, el hecho que muchos judíos, intencionadamente, hayan tratado de disfrazar o de cambiar el suyo cuando eran perseguidos, es un hecho natural y no parece dar pie a interpretaciones laterales. Finalmente, si la intención es la de disimular los orígenes hebreos, ¿en qué medida la introducción de una “h” en el apellido Bernard, por ejemplo, puede cumplir este propósito? ¿O el de adoptar el nombre de Rachel—típicamente judío—, en lugar de Isabel Félix, mucho menos marcado? ¿Y si el apellido Félix es tan ostentosamente judío, como lo sostiene el escritor, y la tendencia natural de los judíos es la de disimular sus orígenes, ¿por qué la célebre actriz mexicana María Félix no tuvo la idea de atribuirse otro?

“Theda Bara, judía y vampiresa” ... Como ya lo expresamos, el desfase entre

el título y el contenido de la crónica es flagrante. Queda en suspenso una pregunta: ¿por qué, en un artículo en que apenas se alude a la actriz, haber elegido un título en el que se yuxtaponen los atributos “judía” y “vampiresa”? Los analistas de discurso son escépticos en cuanto a la inocencia de los signos y de su disposición en el texto. “Vampiresa” deriva de “vampiro”, substantivo que un diccionario define de la siguiente manera: “fantasma que, en la noche, sale de su tumba para ir a chupar la sangre de los vivos”. Figurado: “hombres ávidos de dinero y chupadores de sangre”. A estas alturas del análisis, no es absurdo suponer que, de manera consciente o inconsciente, Joaquín Edwards haya querido, a través de esta imagen, actualizar el mito del judío explotador y ávido de riquezas.

V. EMIGRACIÓN, ASIMILACIÓN, RACISMO

El procedimiento recién descrito no es excepcional en el autor de *El Roto*; el que consiste en introducir en el título de su crónica un signo fuerte, orientado semánticamente, propio a golpear la imaginación, pero que no es justificado por el artículo que lo sigue. Otro ejemplo probante lo constituye “Conquista de Chile por los judíos” ¿Qué entiende el lector que, de golpe, se enfrente a este enunciado? Que una colectividad (o parte de ella), penetró a Chile en un momento de su historia, se apoderó del país y lo sometió a su poder. ¿De qué se trata, en realidad, en el texto? De un judío londinense que *propuso* a Cromwell la formación de una escuadra para conquistar Chile. Nada más, pues “Inglaterra no dio el pase *al proyecto judaico*”. A un hecho casi anecdótico se le confiere así, por la magia de un título con ribetes sensacionalistas, un valor de paradigma. Joaquín Edwards da por supuesto que “los judíos de Londres (...) contaban encontrar en Chile una quinta columna”, insinuando con ello la idea de traición, ligada a la de doble pertenencia.

El tema de la capacidad de integración de los judíos solicita varias veces la atención de J. Edwards. Sus opiniones, al respecto, son bastante fluctuantes. En un artículo del año 28 asegura que “la familia judía es muy asimilable al medio que escoge o patria adoptiva”⁴⁸ y pone como ejemplo a los judíos de origen ruso radicados en la provincia de Entre Ríos: “son, a la segunda generación neo-argentinos con muy poco de sus antepasados. Se desprenden poco a poco de su religión y de sus costumbres”. Meses después, en su crónico sobre los judíos santiaguinos, pone el caso de cuatro escritores judíos (Zangwill en Londres, Gerchunoff en Buenos Aires, Waldo Frank en Nueva York, Sara Singer en Santiago) totalmente identificados con las ciudades en donde residen. Y no son casos aislados, pues el periodista declara conocer “más de un judío importante de la colonia (israelita) y fuera de ella que adora esta tierra (Chile)”, alo que agrega “Ya están incorporados”. No deja claro si estos judíos son los mismos que —como expresa al iniciar su crónica— llegaron a este país “oliendo la prosperidad y que permanecen fieles a sus panes ácimos y a sus vinos de Sion”. De serlo, podríamos de-

ducir que no habría incompatibilidad entre la fidelidad a las tradiciones importadas y el amor a la patria de adopción.

Cinco años después, Joaquín Edwards escribe una nueva crónica en que apenas disimula su descontento por el tipo de inmigrantes que comienza a llegar a Chile. En ella establece una diferencia entre los europeos (anglosajones, franceses, italianos, españoles) “que nos educaron de manera bastante provechosa” y la nueva emigración “que reciben las regiones del Río de la Plata y Chile (...) compuesta en su mayoría de sirios, árabes y judíos”. Sin introducir juicios apreciativos directos, el autor hace conocer su pensamiento mediante una constatación (no comentada, pero pletórica de implícitos) y dos citas. “Estados Unidos cerró sus puertas a la gente que aquí las encuentra abiertas de manera casi exclusiva”, escribe, dejando en el aire la pregunta: ¿por qué los chilenos no hacemos otro tanto? Luego invoca a Manuel Gálvez, quien en su libro *La Argentina* declara que “Buenos Aires es ya la segunda ciudad judía del mundo”, lo que inspira a su admirador chileno la reflexión siguiente: “De seguir recibiendo en vasta escala nuestra América dejará de ser lo que fue para convertirse en un guirigay de tipo oriental”. La segunda cita proviene de “un doctor que veraneaba en Constitución” y que le dijo: “el sur se está volviendo turco”. Todo lo cual explicaría por qué razón el chileno de 1935 (fecha de publicación del artículo), es más moreno que el de comienzos de siglo.

Como ya se ha visto, la hostilidad que marca Edwards (o sus personajes o E. B. a través de sus personajes) a la presencia judía en Chile es antigua y coincide con el inicio de su carrera como novelista. Se diría incluso que, muy acentuada en su juventud, se fue atenuando (o haciéndose menos patente) con el correr del tiempo. Las líneas que le dedica en *El Inútil* traducen con claridad sus sentimientos y percepciones al escribir su primera novela:

“Cuando (Eduardo) pasaba por la calle Bandera, sentía repugnancia al ver el triunfo de Israel en esa calle chilena. Pasaban victoriosos con legajos y libretas coloradas bajo el brazo, los Rubinstein, los Klahn, los Schwartzenberg i todos esos judíos llegados ayer que se habían enriquecido despojando a los chilenos incautos con sus malas artes. Habían (sic) también chilenos descendientes de judíos españoles que tenían casas bancarias o que eran corredores de propiedades. Eduardo los adivinaba fácilmente por sus narices aguileñas, su galantería simulada de tenderos o su mirada falsa i penetrante, asomando por encima de los lentes”⁴⁹.

El texto precedente, esquematizado en el cuadro que sigue, contiene (o sugiere) varios de los tópicos que Eduardo Bello desarrollará posteriormente a propósito de los hebreos.

En su crónica “El furor antisemita” (septiembre de 1938), Joaquín Edwards vuelve sobre la cuestión de la asimilación y, sin temor a contradecirse, afirma que “el carácter del judío se define en su enorme poder de resistencia a la asimilación. El judío no quiere olvidar en parte alguna su carácter de forastero parape-

⁴⁹ J.E.B.: *El Inútil*, Santiago, Soc. Imprenta y Litografía Universo, 1910, pág.120.

tado y diferenciado". Apoyándose, esta vez, en Jacques de Bainville y Bernard Lazare (periodista judío), Edwards —no obstante sus declaraciones anteriores— insiste sobre el carácter aislacionista e insociable de los judíos. "El pueblo de Israel se aisló. Se apartó del resto de los hombres. Quiso distinguirse de ellos por toda clase de signos. Se volvió a sí mismo inasimilable mediante un patriotismo indomable y tenso. Un orgullo feroz le permitió persistir. Se aisló del mundo. Lo que el mundo no perdona"⁵⁰. Es la opinión de Bainville, que Edwards Bello asume como propia. A fines del mismo año, en una nueva crónica, declara que los judíos "se han hecho inadaptables sobre todo en las naciones europeas"⁵¹.

A pesar de haber afirmado que el judío no quiere olvidar en parte alguna su condición de forastero, el escritor tiende a marcar una diferencia entre los judíos de Europa y los judíos latinoamericanos. "El judío en América —escribe— pierde su calidad de inasociable que lo hace sospechoso en Europa". Uno de los casos que mejor ilustraría este hecho es el del colombiano Jorge Isaacs "que fue capaz de sentir el cromatismo perfumado del paisaje y la riqueza espiritual de los hogares criollos en el Cauca"⁵². ¿Cómo explicar esta diferencia? Gracias a una cualidad que Edwards considera típica de nuestro continente: el sentido de la hospitalidad, es decir, la convicción que la política de los brazos abiertos es el mejor medio de recuperación: "América no tiene miedo al judío en la seguridad fuerte de asimilarlo y salir ganando". Una posición muy diferente sostuvo Benjamín Subercaseaux en las páginas de *Zig-Zag*⁵³. Desde su punto de vista, los judíos son demasiado inteligentes y activos para que un pueblo como el nuestro pueda competir con ellos, por lo cual conviene evitarlos.

Como acabamos de verlo, lo que preocupa a Edwards no es que Chile se vea perjudicado con este enfrentamiento, sino la intervención de otros factores susceptibles de alterar cierto orden ideal, racial o social. "América —escribe— es una boca devoradora, inmensa, que produce americanos. Lo demás no nos sirve". Es por esa razón que sugiere a los judíos que van llegando a Chile que no se singularicen, que se disuelvan en la trama nacional, que "no publiquen periódicos ni remitidos", que pasen inadvertidos; es por eso que les desliza una y otra vez al oído un *consejo de huaso viejo*: "háganse los lesos". Lo diferente, las sinagogas, las letras hebraicas, los calendarios mosaicos, todo lo que pueda amenazar la identidad chileno-occidental, lo que pueda originar un "guirigay", incomodan a este cronista con asentada fama de rebelde.

La tendencia del pueblo judío a afirmarse como diferente engendra, según Edwards Bello, el racismo y el antisemitismo: "Al judío le pasó lo que a esas personas de un snobismo personal y de un orgullo diabólico, que se aislan por su

⁵⁰ J.E.B.: Cf. 26. Cita extraída por el periodista en: *El antisemitismo y sus causas* de Jacques de Bainville.

⁵¹ J.E.B.: Cf. 7.

⁵² J.E.B.: Cf. 26.

⁵³ Subercaseaux, Benjamín: "Remedio con receta médica", *Zig-Zag*, 4 de julio de 1946.

propia voluntad y terminan echando la culpa de su aislamiento al mundo”⁵⁴. En otras palabras, los responsables del antisemitismo no son los antisemitas, sino los propios judíos. “Torquemada era judío y *podría probar* que la persecución de judíos en Alemania no es de origen ario, sino semítico”⁵⁵. Sin contar que, siempre según el cronista, la tendencia a separarse de los demás constituye una expresión de racismo: “¿...quiénes inventaron el racismo? Los judíos (...) ¿De dónde proviene la expresión aplicada a pueblos: ‘sal de la tierra’ que tanto agradaba al ex Kaiser? Es hebrea pura. La ‘sal de la tierra’ o Israel”. En un artículo del 49 va aún más lejos y afirma que, en cierto sentido, Hitler fue un imitador de los judíos⁵⁶. Edwards y Subercaseaux se muestran, en este punto, totalmente de acuerdo; sólo que el autor de *Jemmy Button* se expresa en forma mucho más asertiva: “Los judíos –afirma enfáticamente– son los racistas por excelencia, son el pendant del nazi, con el cual se vieron necesariamente en conflicto por su similitud psicológica”⁵⁷. Ninguno de los dos escritores parece consciente de la grave-

AGENTES Bajo diversas designaciones	ATRIBUTOS (Profesionales, físicos psicológicos)	ACCIONES	MEDIOS	VÍCTIMAS
<ul style="list-style-type: none"> * Israel * Rubinstein Klahn Schwartzberg * Esos judíos llegados ayer * Chilenos descendientes de judíos españoles (conversos) 	<ul style="list-style-type: none"> Agentes bancarios Corredores de propiedades Tenderos Narices aguileñas Miradas falsas y penetrantes Triunfantes Victoriosos Falsamente galantes Objetos de repugnancia 	<ul style="list-style-type: none"> Despojan Se enriquecen 	<ul style="list-style-type: none"> Malas artes 	<ul style="list-style-type: none"> Chilenos incautos

⁵⁴ J.E.B.: Cf. 26

⁵⁵ J.E.B. “¿Hacia dónde camina España?”, agosto de 1936 in: C.G.

⁵⁶ J.E.B.: Cf. 26

⁵⁷ Subercaseaux, Benjamín: Cf. 53

dad y de la implicancia de sus juicios; ambos engloban bajo la misma etiqueta –racismo– actitudes totalmente diferentes: una –la de dos judíos (de ciertos judíos)– que consiste en afirmarse como *pueblo elegido de Dios*, otra, la de Hitler y los nazis, que postulan la existencia de razas superiores e inferiores, el derecho de las primeras a dominar las demás, la necesidad de proceder a procesos “depurativos” que, como se sabe, desembocaron en un genocidio del que no existe precedente en la historia de la humanidad. En tanto intelectuales –es decir, seres pensantes y responsables– ambos habrían podido preguntarse: ¿Qué sentido tenía el proclamarse pueblo elegido? ¿Por qué se persistió en esta noción? ¿Cómo se vivió? ¿Cómo se proyectó en el terreno de la acción?, etc. En lugar de ello, de ahondar en una realidad compleja, los dos autores proceden a interpretaciones que sólo parecen encaminadas a justificar sus prejuicios.

Joaquín Edwards insiste sobre la inadaptabilidad de los judíos y sobre su tendencia a aislarse, aunque acepta que en América Latina se funden más fácilmente en las sociedades nacionales. También estas afirmaciones merecen un examen: ¿La “inadaptabilidad” de los judíos es un hecho histórico o una fatalidad hereditaria? ¿Es o no efectivo que los alemanes tuvieron problemas para identificar a los judíos? ¿En qué se diferencia un judío francés de un francés no judío? ¿La ghetización fue un fenómeno voluntario o un fenómeno impuesto? ¿Por qué se acepta el que existan en ciertos países barrios chinos, alemanes, etc. y se niega el mismo derecho a los hebreos? ¿Por qué seguir considerando a los judíos como judíos y no como hombres que comparten los rasgos propios de la condición humana? ¿Por qué no considerar con serenidad la situación de los judíos en Chile? Si en Chile no ha habido un “problema judío”, es porque (salvo rarísimas excepciones) el judío –nativo o extranjero– no es mirado como un espécimen raro, singular o digno de estudio; porque a pocas personas se les ocurre preguntarse “¿Cómo son los judíos?” (como lo hace Edwards Bello en una de sus crónicas)⁵⁸ puesto que se da por entendido que los judíos son como cualquier colectividad, marcada por una historia y una tradición.

¿Es exacto que existen especialidades profesionales judías? ¿Es posible que existan algunos rasgos psicológicos diferenciadores? Es exacto y es posible, ¿pero por qué destacarlos en el caso de los hebreos e ignorarlos en el caso de otros conjuntos culturales? ¿Es efectivo que los judíos son excepcionalmente inteligentes? Y si es así, ¿en qué sentido ello ha perjudicado a Chile? Si un judío llega a Chile, se nacionaliza, tiene hijos, ¿no pasa a formar parte de este mosaico heterogéneo y diversificado que es la nación chilena? ¿Por qué entonces continuar considerándolo como judío?

Lo que ocurre es que a Joaquín Edwards le cuesta aceptar la alteridad o lo que se ha dado en llamar el derecho a la diferencia. La diferencia no le choca en la medida que la percibe como *no* totalmente diferente y encarnada en pueblos

⁵⁸ J.E.B.: Cf. 7.

que nos pueden dar lecciones (ingleses, franceses, españoles, etc.) o a los que el escritor puede darlas (los chilenos). El problema con los judíos residiría en que son demasiado diferentes (casi insondables), demasiado inteligentes y tan soberbios que no reciben lecciones de nadie. ¿Cómo penetrar —es decir, dominarse— un universo de vinos de Sión, de panes ácidos, de letras hebraicas, poblado de seres voraces, lúbricos, dotados de una inteligencia que linda con el satanismo? Recuérdese el célebre libro de Montesquieu *Las cartas persas* y la reflexión de uno de sus personajes: *comment peut-on être Persan?* La pregunta no es muy diferente de la que formula el periodista chileno (“¿Cómo son los judíos?”) y que, por sí sola, convierte a éstos en *objetos* curiosos, dignos de la lupa de un científico.

Se ha dicho de don Joaquín que es un inconformista, un rebelde, un “hombre de avanzada”. Todo ello podría ser fácilmente atestiguado a través de una parte de sus escritos. Pero, tal como lo han sugerido algunos críticos, hay otra fase del escritor que lo muestra como un hombre timorato, conservador y mucho más dependiente de la ideología de su clase de lo que algunos han pretendido. Su discurso en torno a los judíos (pero muchos otros textos) podrían ser fácilmente vinculados con ciertas declaraciones de la extrema derecha francesa en diferentes momentos de su historia reciente. Comentando el lenguaje de uno de sus representantes (el diputado Pierre Poujade, célebre en los años 50), Roland Barthes escribe en una de sus *mitologías*: “El lenguaje del señor Poujade muestra una vez más, que toda la mitología pequeña burguesa implica el rechazo de la alteridad, la negación del diferente, el goce de la identidad y la exaltación del semejante”⁵⁹. ¿No es ése el caso de Joaquín Edwards Bello cuando sugería a los nuevos emigrantes fundirse en una especie de chilenidad ideal?

VI. LA PERSPECTIVA DE UN ESTADO JUDÍO

En 1891 fue enviado a París, en calidad de corresponsal del *Neue Freie Presse* (uno de los diarios de mayor circulación de la monarquía austro-húngara) el periodista vienés Teodoro Herzl. Durante los cuatro años que permaneció en la capital francesa, tuvo la oportunidad de seguir de cerca el asunto Dreyfus y fue testigo de expresiones de antisemitismo que nunca hubiera imaginado. Fue en ese contexto que Herzl llegó a la convicción que la única solución para substraer a sus congéneres del escarnio y las persecuciones a que se les sometía regularmente en diversas partes de Europa, era la fundación de un estado hebreo. “Mi proyecto no es una utopía”, declaraba, convencido, en una de las primeras páginas de su libro, publicado en febrero de 1896 bajo el nombre de *El estado judío*. La creación de una nación judía en 1948 y su reconocimiento por las Naciones Unidas vinieron a demostrar que Teodoro Herzl era más que un simple soñador.

En una crónica ya citada, Joaquín Edwards se muestra escéptico sobre la factibilidad de un estado donde cohabiten los judíos dispersos en diferentes

⁵⁹ Barthes, Roland: *Mythologies*, París, Seuil, 1957, pág. 98.

puntos del universo. Las razones que justifican esta actitud son fundamentalmente tres: la primera de ellas reside en el hecho que, según el escritor, los judíos son incapaces de entenderse entre ellos: "La Palestina, cuna de los judíos, fue siempre un foco de desorden y de intrigas (...) casi todas las regiones estaban en malas relaciones de amistad y, asimismo, las familias y las personas". La segunda razón es que los judíos ganan con la dispersión: "...actualmente, en mi concepto, son más felices que cuando vivieron en sociedad. El judío, al poner su planta en tierra extranjera vale un noventa por ciento más que en su propia tierra". El autor no visualiza tampoco un estado compuesto esencialmente por comerciantes: "...temo, y ésta es una opinión personal, que la idea de reunir a todos los judíos nuevamente en la Palestina es una utopía. ¿Todos juntos? No veo para qué ni comprendo lo que podrán hacer juntos ellos, que en medio de su dispersión milenaria y por el hecho de su dispersión, han centuplicado sus fuerzas materiales y espirituales. El temperamento comercial de ese pueblo parece haberse fundido en un solo molde de tal manera que no veo la posibilidad de tráfico ahí donde todos aspirarían al mismo género de trabajo basado en la oferta y la demanda"⁶⁰.

La existencia misma del estado hebreo, el respeto a que se ha hecho acreedor y el lugar que en poco tiempo ha conquistado en el concierto de las naciones, demuestran por sí solos la falta de fundamento de las razones o aprehensiones expuestas por el escritor. No deja, por otra parte, de sorprender la seguridad con que habla de un pueblo tan antiguo; o el hecho que lo considere como un todo homogéneo y sin distinguir períodos históricos. Tampoco se comprende que en una crónica en la que el autor alude a una serie de masacres (Jerusalén, Casablanca, Bielóstok, Kiev) visualice como "felices" a los judíos dispersos. ¿Se "retemplan" los israelitas cuando no están reunidos? Habría que preguntarse cuántos y cuáles y, de ser cierto, si el hecho merece el tributo de tantos dolores. Respecto al mito del judío intrínsecamente comerciante, se vino al suelo no bien se estableció el estado de Israel. No faltan en dicho país ni agricultores, ni técnicos, ni industriales ni soldados, sin que, por ello, el negocio de las pieles o de los brillantes haya decaído.

Varios años después de publicado este artículo, algunas semanas después del célebre program nazi bautizado con el nombre de "la noche de cristal" (noviembre de 1938), Edwards Bello comienza a entrever las ventajas de una nación judía: "Desde el momento que carecen de Gobierno, administración y patria propios esto es, de fuerza defensiva, están expuestos a los atropellos". Las últimas frases de su texto no dejan duda de que el autor de *Valparaísoya* no concibe la creación del estado como una mera utopía: "Nadie perseguirá a los judíos si los diarios anunciaran de vez en cuando así: Llegó a Vigo la escuadra del almirante Golder, compuesta del buque insignia de 50 mil toneladas Pentatenco, los acorazados Sansón, David, Salomón y Abraham"⁶¹.

⁶⁰ J.E.B.: Cf. 27.

⁶¹ J.E.B.: Cf. 7.

Los acontecimientos trágicos que aceleraron la creación del estado de Israel no parecen haber dejado huellas importantes en las crónicas de Joaquín Edwards. Los títulos, por lo menos, no contienen alusiones ni a las deportaciones masivas ni a las cámaras letales ni a los juicios de Nüremberg. Menos aún a la apatía demostrada por una parte del mundo civilizado frente a dichos acontecimientos. ¿Pero había realmente lugar a indignarse, puesto que, según lo expresado por Edwards, los judíos serían parcialmente responsables de sus desgracias? *

Sólo quince años después de haber concluida la guerra, doce después de establecido el Estado, don Joaquín se despierta e interpela a Israel en una crónica cuyo título es "No matéis a Eichmann!"⁶³. Una indignación más sostenida en los años dramáticos del Holocausto habría conferido mayor autoridad a este consejo, pero cada cual es libre de hablar o de callar cuando lo estime conveniente; luego juzgarán los demás. La verdad es que el escritor no se hace mayor ilusiones sobre la eficacia de su recomendación: "Los judíos se vengarán en Adolfo Eichmann. Es humano. Personas que han perdido padres, abuelos, hermanos, hijos en campos de tortura y de muerte no puede mirar eso como nosotros. El terror de antaño hace explicable el terror de hogaño. Ya lo tienen a Eichmann...". No hay duda que J.E. domina magníficamente el idioma, conoce el valor de las palabras, sabe escribir en la punta de los pies. Los judíos no van a vengarse *de* Adolfo Eichmann ("matador de judíos indefensos de la Alemania nazi") sino *en* Eichmann, con lo cual se atenúa la responsabilidad del dirigente nazi y se le transforma en chivo expiatorio. Tampoco son casuales los atributos seleccionados. "Es humano", escribe, (no: "es justo"), lo que podría parafrasearse más o menos por la expresión paternalista: podemos comprender la indignación de los judíos; con lo que se elude el problema de la responsabilidad del acusado para focalizar la atención en los sentimientos del acusador. Luego, con una incongruencia difícilmente aceptable, el auto pondera en la misma balanza "el terror de antaño" —el de varios millones de personas asediadas por sus verdugos— y "el terror de hogaño" —el que experimenta Eichmann frente a sus jueces, tornándolos equivalentes. "Ya lo tienen a Eichmann", expresa finalmente, convirtiendo al dirigente nazi en presa capturada (es decir, en víctima) y al sujeto inter-

* No sería lícito olvidar que, de vez en cuando (aunque siempre muy de paso), el periodista se conduce del drama judío, pero la mayoría de las veces esos sentimientos aparecen atenuados o contradichos o en contextos que tienden a demostrar la responsabilidad que cabe en ello al propio pueblo de Israel. Es así como, adelantándose en más de 50 años al nacionalista francés Jean Marie Le Pen, no duda en calificar la Shoa de *detalle*; "detalle doloroso", pero detalle al fin en el que "millares de inocentes expiaron por el crimen de contados financieros sin escrúpulos"; detalle en cierta medida comprensible, pues "los israelitas son inasimilables y los estados totalitarios no aceptan fuerzas parasitarias dentro de su fuerza"⁶². (J.E.B.: "Inglaterra, potencia oceánica contra Alemania occidental", 11 de abril de 1940.)

No habrá escapado al lector la manipulación de los dos últimos adjetivos, presentados prácticamente como sinónimos?

⁶³ J.E.B.: "¡No matéis a Eichmann!", *La Nación*, 9 de junio de 1960.

pelado (los judíos) en captores sedientos de venganza.

En un artículo posterior, en pleno proceso, Edwards escribe: “Creo (...) que es un error grave llamar proceso de Adolfo Eichman al que tiene lugar en Jerusalem. Debiera llamarse ‘proceso del estado mental de un noventa por ciento del pueblo alemán, entre 1939 y 1945’”⁶⁴. Es innegable que el juicio de Adolfo Eichman tuvo valor de símbolo, pero también lo es que el criminal nazi tuvo una responsabilidad personal que lo obligaba a dar cuentas de sus actos ante el pueblo que se pretendió exterminar. En lo que respecta al “estado mental” de los alemanes de la época, no cabe duda que sólo un pueblo alienado podía incurrir en los actos de barbarie a que se libró durante la Segunda Guerra. El mismo Abba Evan lo reconoce, quien, comentando el relato que se hace en la sala de audiencias del tribunal de Jerusalem del envío de un convoy de niños de Drancy a Auschwitz por orden de Eichmann, escribe: “Las dimensiones de esos actos revisten vital importancia si queremos comprender el alcance de la enfermedad mental que se había adueñado de la nación alemana”⁶⁵. Pero la alienación tiende a eximir de culpa y constituye una circunstancia atenuante. Es por esta razón que, junto con poner en evidencia el aspecto inhumano de los acontecimientos descritos, también se subrayó en el juicio lo que hubo de premeditado, de detallado y de “científico” en el montaje de esa máquina de muerte; el número de personas que intervinieron en su funcionamiento; la aquiescencia acordada al proyecto hitleriano. Al enfatizar en la enajenación, al omitir tomar en cuenta el grado de conciencia con que las cosas se desarrollaron, se proyecta una visión parcial y *atenuada* de una empresa que segó millones de vidas.

En las postrimerías de 1945, año en que finalizó la Segunda Guerra Mundial, ocurrió un hecho en la ciudad de Rancagua que dio lugar a tres crónicas de Joaquín Edwards publicadas el 15 de marzo, el 7 y el 15 de abril de 1946 en el diario *La Nación*. En verdad, más que de crónicas, se trataba de respuestas a cartas recibidas por el cronista alrededor de las fechas señaladas. La primera de ellas⁶⁶ fue la de una dama de provincia que denunciaba un incidente y solicitaba la opinión del escritor. ¿De qué se trataba? En el mes de diciembre, un “Instituto Religioso” de Rancagua se había negado a renovar la matrícula a sus hijos por “no ser católicos de bautismo”. Como el único establecimiento religioso masculino que existía a la sazón en Rancagua era el Instituto O’Higgins de los Hermanos Maristas y como la firmante habla en su carta de “antisemitismo”, a nadie le cupo duda sobre la identidad del colegio ni sobre la filiación religiosa de aquélla y de sus hijos. Las preguntas (totalmente retóricas) planteadas por la expeditora al escritor y, por su intermedio, a la opinión pública, eran éstas: ¿el hecho de no ser católico constituye una razón suficiente para hacerse acreedor a la medida descrita?

⁶⁴ J.E.B.: “Un niño alemán en peligro de muerte”, *La Nación*, 26 de mayo de 1961.

⁶⁵ Evan, Abba: *Mi pueblo. La historia de los judíos*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1973.

⁶⁶ J.E.B.: “Niños judíos en colegios cristianos”, *La Nación*, 15 de marzo de 1946.

¿Es ésto un signo premonitor que anuncia la llegada del antisemitismo a “nuestra querida tierra”? Y en caso de que llegue, ¿serán elementos “extranjeros” los que lo introduzcan?

La respuesta de Edwards es inusualmente larga. ¿Qué responder a esos requerimientos tan claros y precisos? Aparentemente el cronista no desea abordar el problema de frente; se diría que ni siquiera tiene una posición definida susceptible de ser sostenida con argumentos válidos. Colocado frente a esta disyuntiva y para salir del paso, utiliza un procedimiento bastante corriente en él, que R. Silva Castro llama *la fuga de ideas*:

“Plantea un tema, siempre de actualidad, en el convencimiento de que así asegurará la atención del lector, y, en lugar de ahondarlo y de producir sobre él nociones y hechos adecuados para establecer algo cierto, sale de caza por el contorno, en busca de anécdotas, chascarrillos, frases sueltas y recuerdos, tomados a veces de su archivo o simplemente de la memoria y narrando estas menudencias y otras cualesquiera, conforme aconseje la fantasía, se llena el espacio concedido al artículo. ¿El tema inicial? O queda olvidado, o lo que se dice en la crónica guarda con él una relación tenue, a veces de signo inverso”⁶⁷.

La respuesta de don Joaquín a la dama rancagüina es una ilustración parcial del procedimiento descrito y puede articularse en cuatro temas principales, seguidos de una sugerencia a guisa de conclusión : a) una introducción, en la que compadece a las madres chilenas por los diversos problemas que deben afrontar al tener que matricular a su hijos en el mes de marzo. Para ejemplificar lo cual, trae a colación una novela de Vera Zouroff y otra de Alfonso Daudet en la que el hijo de una cortesana se ve impedido de ingresar a un colegio jesuita a causa de los antecedentes maternos; b) la intervención del demonio: no existe un catolicismo, sino varios y “el señor diablo se aprovecha de las innumerables ramificaciones del mundo católico para introducir en él la confusión y la guerra”; c) la lógica del fanático: la variedad es “inseparable de la naturaleza humana”; existe el cristiano asceta, el místico, el fanático, etc.: “*Naturalmente* el sacerdote fascista no podrá mirar con los mismos ojos que un sacerdote republicano al niño judío, hijo de judío, sobre todo si es judío moderno, ruso, alemán o polaco...”; d) la universalidad del racismo: aunque el racismo es ajeno a los Evangelios, *el instinto embrionario de la selección* es algo universal: “No hay un ser humano libre de la horrenda fatalidad de sentir y de escoger conforme a su gusto personal, desechando lo peor y no conveniente, en vista de los mejor”. Terminadas estas consideraciones generales, Joaquín Edwards se siente en la necesidad de aterrizar y de ofrecer algo concreto a la madre contrariada: “No se afane si sus hijos quedan fuera del colegio fascista. A veces en una tienda aprende el niño a conocer mejor la vida y la manera de comportarse. La grandeza norteamericana proviene del niño de las granjas”.

No es seguro que Edwards Bello haya respondido a las expectativas de su

⁶⁷ Silva Castro, Raúl: “Joaquín Edwards Bello y Daniel de la Vega, prosistas chilenos”, Hispanic Institute, Columbia University, New York, 1968, pág. 792.

corresponsal. Ésta planteaba al escritor un problema concreto y aquél responde por alusiones literarias (una de ellas de un gusto dudoso), sin relación evidente con el planteamiento formulado; o por disquisiciones en que, una vez más, el Destino substituye a la Historia, lo Natural a lo Cultural, la Fatalidad a la Libertad; o por una sugerencia de tipo pragmático en circunstancias que la autora de la carta esperaba, seguramente, una actualización de principios y una censura sin equívocos a la actitud del plantel. ¿Quiso, con ello, eludir su responsabilidad? ¿Se dio cuenta que su respuesta, tendía a excusar a los autores del hecho? Pues, siguiendo el razonamiento de don Joaquín, no serían éstos los verdaderos responsables de lo ocurrido sino Satán, instrumento de Dios, para poner a prueba la paciencia de sus súbditos; o la naturaleza humana que crea la variedad en las cual se inserta ineluctablemente el fanático; o la “horrenda fatalidad” de cuyo imperio nadie está libre. Sin olvidar la conclusión, especie de “happy end” (oportunidad inesperada para los hijos de trabajar en una tienda) que podría ser resumido mediante el proverbio: “no hay mal que por bien no venga”.

Este intercambio de mensajes dio origen, según el propio Edwards, a decenas de respuestas; entre ellas, la de “un alemán de Alemania”⁶⁸ que fue publicada junto con otras dos, ajenas al tema. Lo primero que sorprende al autor de esta carta es que la dama rancagüina haya elegido para sus niños un establecimiento católico. La respuesta a esta interrogante está contenida en una nuevo pseudo pregunta formulada en estos términos: “¿Está ella buscando solamente una cierta educación para sus niños o quiere que se rocen con niños bien?”. Sigue un paréntesis (que constituye, en realidad el resto de la carta) en que el firmante comenta algunas de las medidas que el Führer adoptó respecto a los hebreos: “Hitler no ha perseguido a los judíos que se comportaron bien, sino a los que invadieron Alemania desde el Este”... “De los judíos nativos sólo un medio por ciento se dedicó a la agricultura... En Berlín, —con una población del 2%— el 88% de los médicos para mujeres eran judíos”... Entran igualmente en la balanza “las fechorías cometidas por los judíos después de 1918 no solamente en Alemania sino en Austria y especialmente en Hungría... Que exista un rencor en contra de ellos es más que explicable”... “¿Cuando una pulga... lo molesta, por qué no le hace cariño”. Es verdad que “el judío no tiene la culpa de haber nacido como tal”; como lo es el que “un león, aunque nazca en un establo, siempre quedará un león”. El problema judío constituye, pues, un callejón sin salida; los judíos son como son y ese ser único e inmutable los expone a determinadas consecuencias.

* Respecto a la posición de los alemanes residentes en Chile durante la Segunda Guerra y a las repercusiones de un eventual triunfo de la Alemania nazi sobre nuestro país, Joaquín Edwards sostuvo algunas ideas que pueden aportar cierta luz sobre la disposición con que el escritor acogió la carta mencionada. «Respecto al posible triunfo de Alemania, declaro que no debemos alarmarnos. Ni es cierto lo de la quinta columna, ni tenemos motivo alguno para temer. Desde luego, el gobierno alemán hará diferencia favorable en su trato a Chile, por cuanto no olvida la noble actitud de nuestro gobierno para con ella en la guerra pasada (...). No. Jamás salgamos de la neutralidad»⁶⁹.

⁶⁸ J.E.B.: Cf. 29.

⁶⁹ J.E.B.: “No hagamos de senegaleses”, 2 de junio de 1940, in: C.G.

Lejos de responder frontalmente a las aseveraciones del autor de esta carta, Edwards se refugia en unas cuantas banalidades simpáticas respecto al carácter de los judíos (no son más avaros que los escoceses, dan animación a las ciudades, se dan buena vida, descuellan en diferentes campos del saber, etc.), a los judíos ingleses, al movimiento antisemita francés a fines del siglo XIX. Sólo se opone a su corresponsal para contar que “al judío no se le persigue por inferior”, problema que aquél no ha suscitado, y para rebatir el postulado de la inmutabilidad del león (equivalente del adagio “el que nace chicharra tiene que morir cantando”) con otro que tampoco el alemán discute: (usted) “olvida de que Nuestro Señor nació en un establo y era judío”

La tercera publicación⁷⁰ reúne tres nuevas cartas de lectores, acompañadas de las respectivas respuestas del cronista. La primera de ellas, encabezada por la fórmula “Amigo Edwards”, está escrita presuntamente por alguien que “trabaja bajo el mismo techo” y que se declara no judío. Junto con denunciar el antisemitismo como “la más torpe de las tendencias”, el autor establece una tipología más o menos humorística de los antisemitas chilenos y no hace ninguna alusión a la carta del “alemán de Alemania”. La respuesta de Edwards no agrega nada al debate. La tercera está firmada por “Un mediojudío bautizado” que denuncia “la desvergüenza”, “la ceguera” del alemán de marras, su filiación intelectual con Goebels y el ideario nazi. Junto con expresar su indignación, el firmante explica la tendencia aislacionista de los judíos por la actitud segregacionista de los chilenos a quienes invita a un comportamiento más hospitalario hacia aquéllos. La respuesta de don Joaquín se reduce a dos palabras: “Está bien”. El autor de la segunda misiva, León Arensburg, se indigna no sólo contra el lector alemán que atizó la polémica y al que trata de “sadista y cavernario”, sino contra el propio Joaquín Edwards a quien reprocha en términos durísimos al haber cedido sus columnas al primero; el no haber refutado o analizado sus afirmaciones, haciéndose cómplice de las mismas; el carácter frívolo e inadecuado de su respuesta: “Créame, señor J. Edwards B., que no me interesan sus conceptos u opiniones de los judíos. Ni con anécdotas, chistes, recuerdos y afirmaciones de otros autores que usted cita en su opinión de los judíos en el artículo. O no se publica el artículo de un cretino o... si se publica, se le responde y no se sale por la tangente sobre la avaricia judía, Ghetto judío y otras materias que no tienen ninguna atinencia con el pasquín que usted publica, ingiriendo un vejamen gratuito (...). Y es de lamentar que este golpe viene de parte suya, hombre de cultura superior y que está lejos de la propaganda nazi”.

El tono agresivo de la carta del señor Arensburg no parece justificar la respuesta desenfadada y liviana de Edwards quien, en lugar de responder con seriedad a los cargos que se le formulan o de tratar de comprender las razones de la indignación de su interlocutor, recurre a la ironía y al sarcasmo. “No le gustó la carta”: es el título que elige el escritor dejando así establecido que las consideraciones de Arensburg son subjetivas y más o menos arbitrarias. Su propia inter-

⁷⁰ J.E.B.: “Cartas judías”, *La Nación*, 15 de abril de 1946.

vención se inicia por una fórmula coloquial tendiente a banalizar el problema en cuestión: “Es usted muy exagerado, amigo Arensburg. La exageración o exceso en sus trabajos como en sus maneras de vivir y de hacer propaganda son quizás una de las causas de las persecuciones que sufre el pueblo de Israel”. Herido en su amor propio, Edwards Bello contraataca, utilizando como blanco no las ideas de su interlocutor, sino al pueblo que éste representa, en el que descubre una nueva razón de hacerlo odioso: su tendencia a lo excesivo. La respuesta del cronista concluye con una anécdota festiva que pone punto final a una polémica cuya motivación ya muchos habían probablemente olvidado.

No es seguro, sin embargo, que las reacciones hayan cesado del todo. El 15 de abril, otro lector, Robert Levy, le envía una nueva carta que el cronista se abstuvo de dar a conocer, pero conservó en sus archivos personales. El mensaje es interesante no sólo por la solidez de los argumentos que opone al “alemán de Alemania”, sino por la sorpresa que manifiesta ante la frivolidad del periodista: “¿Cómo es posible, que Ud., señor Edwards, le preste las columnas de *La Nación* para defender tamañas barbaridades...?”, escribe el señor Levy, subrayando su enunciado y agregando en un acápito final: “Ud., como Premio Nacional de Literatura, tiene una gran responsabilidad con sus lectores, como la tiene todo intelectual consciente...”. Escrita el mismo día que fue publicada la respuesta a Arensburg, no hubo lugar a que Robert Levy reprochara al J.E.B. el tono sarcástico que éste utiliza para abordar un tema cuya gravedad no parece admitir ni el humor ni la anécdota.

Enfrentados a la locura nazi, los judíos sobrevivientes llegaron al convencimiento que sólo debían contar con ellos mismos y aceleraron la creación de un hogar nacional susceptible de ponerlos a resguardo de un nuevo Holocausto. El 14 de mayo de 1948 nace el Estado de Israel, dando origen a un nuevo conflicto armado. A juzgar por los jueves de J.E.B., ninguno de los dos acontecimientos parecen haber merecido comentarios por parte del columnista. Sorprendente omisión de parte de alguien que fue considerado como una “caja de resonancia” y un “testigo lúcido, riguroso e implacable de una época”.

VII. CONCLUSIONES

Joaquín Edwards Bello ocupa un lugar excepcional en la literatura chilena. Cultivó el cuento, la novela, el ensayo, la poesía, el teatro, la crónica. Fue un escritor profesional, en el sentido que vivió de su pluma y rindió culto a su lengua: el español de Chile. Fue un escritor cosmopolita (“el más cosmopolita de los escritores chilenos”, al decir de Salvador Reyes): recorrió diversos países, vivió algunos años en Europa, mantuvo correspondencia con numerosos escritores extranjeros, (especialmente españoles y latinoamericanos), hablaba varias lenguas, seguía con interés la actualidad internacional. Dos de sus novelas *El chileno en Madrid* y *Criollos en París*, demuestran un conocimiento exhaustivo de las dos grandes capitales en los primeros decenios de este siglo. Fue un cronista perseverante (más de 50 años de oficio ininterrumpido), mordaz y entretenido. Su curiosi-

dad por lo chileno y lo cotidiano (la intrahistoria, decidía Unamuno), jamás se desmintió. Amó a la gente humilde (a la manera de Dickens), criticó a los de su clase, practicó abundantemente el humor y la ironía. Sus rabinetas como su carcajadas llegaron a ser proverbiales.

Todos estos atributos proyectan la imagen de un escritor profundamente humano, simpático y cercano; de alguien hacia quien Chile y las letras chilenas tienen una gran deuda. Sus cualidades son tan variadas y evidentes, que tienden a inhibir cualquier juicio crítico o cualquiera duda susceptibles de empañar su recuerdo. Lo que no es, sin duda, hacer honor a su memoria. Edwards fue un tremendo iconoclasta y gran parte de su vida estuvo encaminada a derribar mitos y a hacer bajar ciertos ídolos de sus pedestales. Aunque susceptible y consciente de su valor, no es seguro que le hubiera gustado convertirse en “el nieto de piedra”. El lector habrá tal vez reparado que la crítica chilena de los últimos tiempos se ha tornado prudente y timorata. Otros vientos soplaban en los años en que escribían O. Emeth, P. N. Cruz, Alone, R. Latcham o J. de Luigi. El mismo don Joaquín no fue siempre tierno con algunos de sus colegas más notables.

Tal como lo expresamos en un comienzo, la obra de Joaquín Edwards no ha sido todavía estudiada en forma detenida. Se ha escrito muchísimo sobre él, pero subsisten numerosas cuestiones en suspenso. ¿Por qué razón este escritor, reconocido hasta por sus mejores amigos como un hombre contradictorio, arbitrario y, por momentos, frívolo, ha ejercido tal fascinación entre lectores de las más variadas categorías? ¿Qué crédito acordar a sus juicios sobre los múltiples problemas que ha abordado? ¿Se trata verdaderamente de un gran intelectual y de un gran mentor, como muchos lo han calificado? ¿Cómo y dónde situarlo desde el punto de vista ideológico? ¿Tendría razón Latcham cuando aseguraba, en 1925, que su obra “será olvidada o quedará de ella muy poca cosa”?⁷¹

Sin tener la pretensión de haber sido absolutamente convincentes, pensamientos que trabajos como el que presentamos pueden ir proporcionando elementos de respuesta a las preguntas formuladas. Tal vez será necesario comenzar por *distinguir*. No nos parece que toda la obra de Edwards deba ser incluida en un mismo saco. “Profesional de la pluma”, Edwards escribía *también* para comer: uno, dos y hasta cinco artículos por semana! Su salud no siempre lo acompañó. Su psicología de despellejado lo hostigaba en forma constante. ¿Cómo, en esas circunstancias, exigirle una producción pareja, depurada, digerida, documentada y hasta coherente? Por otra parte, las crónicas sobre los judíos a que nos referimos no nos parecen constituir lo mejor de su obra periodística. Este juicio es, seguramente, compartido por su antologador más autorizado, Alfonso Calderón quien, salvo excepciones, no las incluyó en sus diversas recopilaciones.

Como es sabido, Edwards Bello no fue ni un ideólogo ni un doctrinario, lo que no le impidió defender ciertas ideas y asumir determinadas posiciones. Militó en el Partido Radical pero, fue también ibañista y “alessan-

⁷¹ Latcham, Ricardo: *Escalpeló. Ensayos críticos*, Santiago, Imprenta San José, 1925, pág. 211.

drista de 1920". Así y todo, desconfiaba de los políticos y, al parecer, no creía demasiado en las ventajas de la democracia, "Un programa humanista, afirmó una vez, por muy bueno que sea, no puede llegar a buen fin mediante la política, sino mediante la fuerza". Tampoco creía en las virtudes del voto popular, puesto que, como lo expresó en forma reiterada, "mi voto vale lo mismo que el de un cogotero del Callejón del Guanaco", ¿Habría que tildarlo entonces de *reaccionario*? No parece acertado, pues un reaccionario no habla de la oligarquía en los términos en que lo hizo don Joaquín; ni demuestra su innegable sensibilidad social; ni recibe la unción de izquierdistas tan notorios como Juan Emilio Recabarren, Volodia Teitelboim o Juan de Luigi. "Personaje y escritor contradictorio —dice Jorge Teillier— conviene considerar con cuidado sus declaraciones. Un nacionalista puede tomarlo como chovinista, un izquierdista puede acusarlo de fascista (en 'Nacionalismo Continental' alaba a Mussolini y a Oliveira Salazar)"⁷². Más aún, un nazista puede reconocerlo como uno de los suyos. Entre las múltiples cartas que se conservan en sus archivos personales, hay una que induce a semejante afirmación. Fechada el 8 de noviembre de 1936, firmada por un señor Salinas Ortiz y escrita en una hoja con membrete de la Empresa Trabajo, el emisor expresa, entre otra cosas: "He leído con placer su hermosa carta de 3 del actual. Ud. es nazista y reclamo el honor de presentarlo a nuestro movimiento el día en que Ud. se decida a luchar por nosotros (...). Su carta, señor Edwards, es una magnífica declaración de fe nazista".

No habiendo encontrado (ni en los Archivos ni en la colección de *La Nación*) la carta a que se alude, no nos fue posible conocer qué fundamentos tuvo el señor Salinas para pensar que J.E. tenía los méritos suficientes para ingresar al *movimiento* ni determinar si estaba tomando sus deseos por realidades. Al fin de cuentas y como decía Saussure, es el destinatario el que otorga el sentido al mensaje. Por nuestra parte, no disponemos del menor indicio que nos permita llevar a una conclusión semejante. Lo que sí es posible es que, con su ambigüedad habitual, el autor de *El Inútil* haya dado pábulo para que un lector interesado que no lo conocía suficientemente, atribuyera a sus palabras una intención que el autor no pensó en otorgarles*. De cualquier modo, reconozcamos, que, cuan-

⁷² Teillier, Jorge: "Una crónica sobre el hombre de las diez mil crónicas"

* Al día siguiente de haber recibido las pruebas de imprenta de este ensayo, un amigo nos transmite una publicación titulada *El reencuentro de América Latina. La necesaria emancipación* (Imp. Antártica S.A., Ediciones Nuestramérica, Santiago de Chile, 1989) en cuya carátula aparecen dos nombres (el de Juan Antonio Salinas —el mismo que escribía a J.E. en noviembre del 36— y el de Enrique Zorrilla) y una cita de Joaquín Edwards Bello. Al interior de este impreso figuran dos cartas —"privadas e inéditas" y editadas en su forma manuscrita— de J.E.B. al señor Salinas Ortiz; una de ellas es la "carta de 3 del actual" cuyo contenido, como lo expresamos, desconocíamos en el momento de redactar nuestro original, y otra, fechada 16 días después, en las que el autor de *Nacionalismo Continental* completa y reafirma las ideas vertidas en la primera. La lectura de ambas demuestra a cabalidad que, contrariamente a lo que planteamos en nuestro texto, las palabras de J.Salinas no tenían nada de ilusorio y cons-

do se invoca asiduamente a Keyserling o a Alphonse Daudet; cuando se afirma que "Mussolini, Hitler, Carmona y Kemal son fantasmas fascinantes"; cuando se tilda a Mussolini de "hombre de genio"⁷³ y se confiesa "haber sido" admirador de Hitler, obrero de la clase media que sacó a su patria rudamente del pantano"⁷⁴; cuando se declara "creer a fe ciega en la virtud del orden"; cuando se rinde culto a Oliveira Salazar y se cita como un fragmento de antología su declaración: "Que el público discuta cuanto quiera, pero que me obedezca. Ha llegado mi hora de mandar"⁷⁵, uno se expone a que el destinatario tienda a ver en esas palabras la expresión de un pensamiento totalitario.

En verdad, no es fácil encasillar a don Joaquín en una ideología determinada, "ni de izquierda ni de derecha", como él mismo lo decía. Teillier, lo califica, "con todas sus contradicciones, como un hombre de avanzada". Por nuestra parte, estamos inclinados a pensar que fue un espíritu sensible, compasivo, de tendencia liberal y que sus ataques contra el clero y la clase alta chilena (que se atenuaron considerablemente con el tiempo) son menos el producto de una elaboración intelectual seria que el resultado de experiencias personales y familiares más o menos frustrantes. Como muchos aristócratas, Edwards Bello fue un curioso de apellidos, de estirpes y de familias; se enorgullecía de la suya; tenía frente a las clases populares una actitud contradictoria, a veces despreciativa, otras admirativa. Es fácil igualmente percatarse que su percepción y apreciaciones respecto a los judíos son los de una parte de la oligarquía chilena hasta la primera parte de este siglo. En un interesante ensayo centrado sobre esta clase que califica sucesivamente de engreída, conservadora y racista, Jaime Valdivieso proporciona una serie de ejemplos tendientes a demostrar que varios "intelectuales

tituían la reacción natural a algunos de los planteamientos que J.E. le formulaba explícitamente en su carta del 3 de nov. He aquí algunos ejemplos: "Todo lo bueno que promete dar el Frente Popular lo dará el nazismo" - "Desde que usted ha tenido la bondad de desvirtuar los cargos hechos por mí (...) mi admiración por la causa nacista se acentúa hasta convertirme en adepto de ella" - Y remacha en la carta del 19: "Yo me someto a respetar en adelante el credo de ustedes tal como les dije que lo comprendía aunque sea desde mi escondite o retiro..."

No obstante lo anterior, conviene no incurrir en generalizaciones y dejar establecido que el nacismo criollo no constituyó una ideología homogénea y que si bien una parte de sus adeptos aspiraba a la implantación en Chile del modelo hitleriano, otra veía *principalmente* en él un antídoto contra la corrupción y una manera de promover los valores igualitarios, nacionales, latinoamericanos y anti-imperialistas. "Nuestros nacionalismos (...) no tenían relación histórica con los nacionalismos racistas y hegemónicos", escribe Enrique Zorrilla en su libro *La Profecía Política de Vicente Huidobro* (pág. 15), lo que aunque sólo parcialmente cierto, demuestra la voluntad de este sobreviviente de la matanza del Seguro Obrero de distanciarse de las ideas preconizadas en *Mi lucha*.

⁷³ J.E.B.: *Cómo es Azaña*, 16 de julio de 1936, in : C.G.

⁷⁴ Cf. 62

⁷⁵ J.E.B.: "Oliveira Salazar triunfa", *La Nación*, 9 de noviembre de 1953.

y escritores que se sienten auténticos demócratas y hasta de izquierda” (y que pertenecen a dicho estrato) compartieron los prejuicios de su clase, su espíritu excluyente, su desprecio hacia el roto, así como “un miedo ancestral mítico, religioso hacia el “Mal” representado en el indio, que conlleva la idea de lo pagano, del pecado, de los impulsos incontrolados de los instintos, tal como ocurre con los negros para el blanco de los Estados Unidos, en cuyo odio está implícito el terror a su propia oscuridad inconsciente”⁷⁶.

Entre los escritores citados por Valdivieso, no figura Joaquín Edwards. Tampoco menciona al judío como asociado al Mal en el imaginario oligárquico (y una de cuyas ilustraciones nos las proporciona J. E. en su retrato de Rubinstein). Pero ni la lista propuesta por el ensayista es exhaustiva ni el indio es la única figura que infunde un terror inconsciente. A propósito de Blest Gana, menciona novelas como *La aritmética del amor*, *Martín Rivas* y *Durante la Reconquista* y se atiende esencialmente a la oposición indio-roto/caballero. Un estudio más amplio lo habría llevado, sin duda, a considerar *Los transplantados* y a reparar que sus alusiones a los judíos están marcadas de connotaciones peyorativas. Así, Ignacio Sagraves, con su aire de perro famélico, su sobretodo raído y sus pantalones descoloridos, “hubiera podido tomarse fácilmente por un miembro pobre de la industriosa familia israelita”. En cuanto a los hebreos propiamente tales, los veremos encarnados ya sea en usureros, ya en banqueros, ya en miembros “de la ‘plutocracia’ israelita que es a la nobleza cristiana lo que el plaqué es a la plata: una composición con tantas capas de fino, que llega a tener todas las apariencias del metal verdadero”⁷⁷.

Tal como lo expresamos anteriormente, Benjamín Subercaseaux, otro miembro de nuestras clases altas, sostuvo que habría que evitar la entrada de judíos a Chile dado su grado de inteligencia y, en consecuencia, la dificultad que tendrían los chilenos para competir con ellos. Esta inteligencia, sumada a su actividad y al hecho que “tienen entre sí ciertos lazos estrechos, unidos a tradiciones demasiado sólidas e inquietantes” hacen de ellos elementos que no constituyen el aporte ideal “dentro de un pueblo perezoso y poco estructurado”⁷⁸.

Subercaseaux declara no abrigar el menor prejuicio racial y sostiene, por el contrario, considerar a los judíos “la primera raza del mundo”. No obstante lo cual los califica de “racistas por excelencia” y “pendant del nazi”. Las palabras de B. Subercaseaux fueron ampliamente compartidas por Alone quien las calificó de “justas, moderadas y de buen sentido”, presentando, de paso, a la *razajudía* como una aglomeración compuesta de “águilas rapaces, prontas a clavar los ojos

⁷⁶ Valdivieso, Jaime: *Chile: un mito y su ruptura*, Santiago, Literatura Americana Reunida, pág. 21.

⁷⁷ Blest Gana, Alberto: *Los transplantados*, Santiago, E.E. Zig-Zag, 1945, pág. 51, t. I.

⁷⁸ Subercaseaux, Benjamín: Cf.53.

y la garra”⁷⁹. Otra es la apreciación de Kink (Juan de Luigi) quien subraya, entre otras cosas, la paradoja que consiste en declararse no racista y considerar a los judíos *la primera raza del mundo*. “Este intelectual, agrega irónicamente, refiriéndose a Subercaseaux, es una maravilla en cuanto a coherencia y a intelectualidad”⁸⁰. No cabe duda que muchas de las imágenes y las ideas de Edwards en torno a los judíos circulaban ampliamente entre los miembros de su clase, sobre todo entre los sectores más conservadores, creyentes y aferrados a la tradición hispánica. Un tío del autor de *Jemmy Button*, Ramón Subercaseaux, en un libro de Memorias, trata de justificar la expulsión de los hebreos de España en 1492 y expresa en forma rotunda: “Los judíos eran entonces como lo son siempre y ante todo, usureros”⁸¹.

Gran parte de esta ideología tuvo sus raíces en el seno mismo de la iglesia quien, a través de varios siglos, forjó de los judíos un retrato a la vez degradado y ambiguo. Habría, sin embargo, que guardarse de generalizaciones precipitadas y abstenerse de pensar que *total* oligarquía chilena *o todos* aquellos que se mantuvieron fieles a la línea del catolicismo oficial, profesaban sentimientos antijudíos. Se trata sólo de tendencias. Moshé Nes-El, quien se interesó en el tema, cita el ejemplo de dos egregios chilenos del siglo pasado, Benjamín Vicuña Mackenna (aristócrata, pero liberal) y Abdón Cifuentes (de origen modesto, pero conservador y profundamente católico) que, “pese a estar distanciados ideológicamente, ven a los judíos con ojos positivos, por lo menos, sin el prejuicio medieval heredado de la colonia española”⁸².

Aun cuando compartió parte de las imágenes clichés que circulaban al interior de su clase a propósito de los judíos, sería inapropiado considerar a Joaquín Edwards como un escritor antisemita. Desde luego, tuvo el mérito de interesarse en ellos y de tratar de ahondar en su conocimiento. No existen testimonios de que los haya evitado como personas y varias veces hace alarde de sus amistades judías. En varias ocasiones, les testimonia simpatía y admiración. Los insta a confundirse en el tejido social chileno, lo que es también una manera de invitarlos a compartir con él lo que más quiso en su vida: su propio país. En la revista argentina *Judaica* encontramos un artículo bajo su firma. El hecho mismo que, con motivo de sus 80 años, el escritor hubiese recibido una carta oficial de Carlos Vergara Bravo, presidente del Instituto Chileno-Israelí de Cultura, tiende a demostrar que no era percibido por los judíos chilenos como un elemento hostil. La única reserva, al respecto, la encontramos en la obra *Vivencia de los sefardíes*

⁷⁹ Alone: “¿Galgos o podencos?”, *Zig-Zag*, 18 de junio de 1946.

⁸⁰ Kink: “Adónde lleva el *intelectualismo*”, Archivo J.E.B.; suprimidas referencias nombre del diario y fecha.

⁸¹ Subercaseaux, Ramón: *Memorias de ochenta años*, Santiago, Editorial Nascimento, 1936, pág. 311, 2ª. edición.

⁸² Nes-el, Moshé: *Estudios sobre el judaísmo sudamericano*, Buenos Aires-Jerusalem, Ediciones Ultra, 1987.

en Chile⁸³ cuyo autor cita (de segunda fuente y con algunas deformaciones) el fragmento del *Inútil* referenciado en este trabajo con la nota 49. Sin desconocer sus excepcionales dotes memoriales (alguien lo calificó de “una máquina de recordar”), el caudal de informaciones que manejaba, el número de sus lecturas, creemos poder afirmar que J.E. carecía de algunos de los atributos esenciales que definen al intelectual. En un ensayo ya citado, R. Latcham dijo, refiriéndose al cronista: “carece de meditación, lectura, saber”, juicio que resulta parcialmente discutible. Es innegable que Edwards leyó muchísimo y que acumuló un saber impresionante. Pero, si desde el punto de vista *cuantitativo* no hay nada que objetar, desde el punto de vista *cualitativo* las carencias son evidentes. Como muchos autodidactas, Edwards tendió a acumular más que a asimilar; como a muchos de ellos, le faltó método, paciencia, modestia, sentido de lo relativo, espíritu de sistema, una conciencia más desarrollada de su responsabilidad de escritor. Antes que nosotros, él mismo declaró sus limitaciones intelectuales, demostrando al respecto una lucidez sorprendente: “Nací mirando mil cosas sin abarcar ninguna, en esa forma perfecta y amorosa que reclaman. Soy americano: soy imperfecta y superficialmente enciclopédico”, declaraba ya en un artículo de 1928⁸⁴.

A don Joaquín le preocupaba saber qué significaba, desde el punto de vista psicológico, su manía de acumular y a archivar. Freud tenía una teoría al respecto, pero seguramente el escritor, alérgico a todo lo que escapara al dominio de su conciencia, la habría rechazado. La concretización más clara de esta tendencia la constituye su célebre archivo, a propósito del cual Raúl Silva Castro escribió: “...este archivo colosal, de proporciones absolutamente excepcionales (...) habrá de permitir en lo futuro hacer algunas inferencias sobre su obra. Esto es, cuando se le someta a estudio y se vayan pensando algunas de sus obvias implicaciones”⁸⁵.

Lo primero que llama la atención es el número de entradas (se ha hablado de 8.000 sobres) y la variedad de los temas. No así de las fuentes, constituidas esencialmente por diarios y revistas nacionales y, excepcionalmente, latinoamericanas o extranjeras (inglesas o francesas). Resulta evidente que no se trata del archivo de un investigador. La actualidad ocupa en él un lugar importante, lo mismo que lo insólito, lo pintoresco, lo cotidiano. La documentación dedicada a París, por ejemplo, una de las más nutridas, contiene un conjunto de piezas relativas a sus plazas, barrios, cafés, al París nocturno, al mercado de las Pulgas, al antiguo matadero de la Villette, a sus “rarezas y misterios”, a algunos personajes

⁸³ Matus G., Mario: *Vivencia de los sefaradíes en Chile*, Santiago, Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile (Departamento de Ciencias Históricas) – Comunidad Israelita Sefaradí de Chile, 1995, pág. 61.

* Una de las escasas constantes propias a este conglomerado heterogéneo es la presencia de lo chileno y de lo latinoamericano. Es también; en estos contextos que aborda a menudo la problemática judía.

⁸⁴ J.E.B.: “Los ex-chilenos”, *La Nación*, 2 de agosto de 1928.

⁸⁵ Silva Castro, Raúl: Edwards Bello en la cumbre, *El Mercurio*, 18 de junio de 1967.

en boga, a las *Notas Sociales* de *L' Illustration* (de la cual nuestro *Zig-Zag* fue una buena réplica), a las reinas o reyes de París (es decir, a los triunfadores sociales), a los chilenos sudamericanos que viven o sobresalen en la capital, etc...⁸ En lo que respecta a los hebreos, también encontramos un interés particular por lo misterioso (ej.: artículo sobre “La mystérieuse internationale juive”), lo sensacionalista, los diferentes tipos de “affaires” (ej.: el escándalo de las visas en 1940), así como una marcada fascinación por una serie de clichés e ideas estereotipadas más propias de la cultura popular que de la cultura académica.

Considerado a la luz de las técnicas actuales (Internet, bases de datos, etc.), de la calidad y de la fiabilidad de la información, de los nuevos procedimientos documentales, el gigantesco trabajo de J.E. nos aparece como un producto relativamente obsoleto, más apto para conocer los intereses de su autor que para ser utilizado como fuente de información general.

De las fuentes que utilizó don Joaquín para conocer a los judíos sabemos relativamente poco. Dado su interés por el tema, no parece posible que se haya limitado únicamente a las informaciones periodísticas o a algunos folletos que aparecen en su Archivo. Según lo manifestado por el mismo Edwards, conoció a muchos de ellos en casinos y casas de juego, pero es sabido que ese ejercicio que llaman los sociólogos “observación participante” no es válido si el observador no se ciñe a determinadas exigencias que lo preserven de conclusiones abusivas. Habiendo vivido en la Francia post dreyfusista de comienzos de siglo, no es raro que haya leído a los grandes escritores y periodistas antisemitas de la época (y los hubo en gran cantidad) y que su percepción de los judíos haya sido influida por ellos. En sus archivos y en sus artículos menciona a algunos de los más notables; sería interesante saber con certeza qué obras leyó y en qué medida sus autores gravitaron sobre su pensamiento. Entre los libros actuales que retienen su interés encontramos *Les Juifs* de Roger Peyrafitte, obra sensacionalista en que el autor *desenmascara* a eminentes personalidades (Franco, Oliveira Salazar, Fidel Castro, la reina Isabel, Adenauer, Kennedy, etc.) cuyos “orígenes judíos” nadie sospechaba. Además, el autor caricaturiza al judaísmo tradicional y hace mención a una serie de mitos, rituales y prácticas que podrían tener su lugar en un libro de leyendas, pero que no se justifican en un ensayo que se pretende verídico. Aparte dos o tres títulos importantes, J.E. nos dice muy poco sobre la literatura en que se apoyan sus apreciaciones respecto a los hebreos.

Razón suplementaria para considerar con reticencia estas apreciaciones es la falta de precauciones metodológicas mínimas para abordar sus temas. Hablamos del uso relativamente frecuente que hace el periodista del sintagma *raza judía* (concepto que rechaza en teoría); de su tendencia a tratar a los israelitas como un conjunto indiferenciado y a ignorar las variables históricas y sociales; de su indiferencia a las causas eventuales que pudieron dar origen a los fenómenos que analiza, etc. ... Nadie pensaría en reprochar a Ernesto Sábato el discurrir sobre las relaciones entre los judíos y el dinero y ello por una razón simple: su discurso se funda en una reflexión seria sobre el nacimiento del sistema capitalista y sobre el papel que, dada su situación del momento, les cupo jugar a los he-

breos⁸⁶. Tratar de comprender: es ese esfuerzo el que distingue al intelectual de otras categorías sociales.

Características de Joaquín Edwards fueron su tendencia al enciclopedismo y a la dispersión; su propensión a abordar una gran variedad de temas sin poseer las herramientas intelectuales que una ambición semejante requería. *L'uomo universale*, ideal humano del Renacimiento, es inconcebible en un época como la nuestra en que la cantidad de información acumulada hace cada vez más necesarios la concentración, el rigor y el método. La ausencia de estos atributos explica quizás por qué razón ninguno de los artículos del cronista resulta utilizable para ahondar en el conocimiento del pueblo judío.

La originalidad de don Joaquín reside a nuestro juicio, menos en su condición de intelectual que en su temperamento y en sus cualidades de narrador. Más allá de sus contradicciones, había en él algo de puro e insobornable que lo hacía fascinante. Vivía rabiando, denunciando, quebrando lanzas... contra los políticos, los arribistas, los figurones, Nostálgico empedernido, vivía añorando el pasado, poetizando lo cotidiano, fabricando imágenes de tarjetas postales. ¿Por qué esa manía de los chilenos de cambiar los nombres de las calles, de demoler edificios, de desertar los viejos barrios? ¿Por qué razón los ingleses no hacen las mismas maletas que hacían, antes; los franceses las mismas telas; los suizos los mismos quesos? Lector precoz de cuentos y folletines, apasionado de *faits divers*, le resultaba difícil considerar la vida desde un ángulo serio y racional. Su condición de "niño rebelde"; el tono elegíaco con el que evoca un pasado más o menos mítico; su permanente vaivén entre lo real y lo mágico; su gusto por la comparación y la metáfora, hacen de él uno de los escritores más interesantes de las letras chilenas y confieren a muchas de sus crónicas un tinte poético en el que lo maravilloso prima sobre lo objetivo, la encantación sobre el argumento.

No parece posible interpretar el conjunto de artículos de Joaquín Edwards en torno a los judíos sin tomar en cuenta la personalidad del autor, su extracción social, sus hábitos intelectuales, su especificidad literaria.

⁸⁶ Sábato, Ernesto, "Judíos y antisemitas", *La Palabra Israelita*, 4 de mayo de 1984.